

## SAN AGUSTÍN DE HIPONA, OBISPO, SOBRE EL ORDEN, DOS LIBROS.

### ADVERTENCIA SOBRE LOS DOS LIBROS SIGUIENTES SOBRE EL ORDEN.

San Agustín decidió escribir la obra sobre el Orden a instancias de Zenobio, cuya amistad y gran benevolencia hacia él y sus amigos menciona en el libro 1, capítulo 7; donde dice que anteriormente no había podido satisfacer las muchas y profundas preguntas que Zenobio le hacía sobre el tema, debido no solo a la dificultad del asunto, sino también a la falta de tiempo. Sin embargo, ante la insistencia de su amigo para que no lo postergara más y su desafío a responderle en verso, se vio obligado a complacerlo.

Comenzó a dedicarse a la redacción de estos libros en Cassiciaco hacia finales del año 386: ya que terminó el primer libro antes de que Alipio regresara de Milán, quien había partido hacia allí el 13 de noviembre, cuando la obra contra los Académicos ya estaba en marcha, y regresó oportunamente para participar en la finalización de los dos últimos libros de esa obra, así como en la elaboración de otro libro sobre el orden; en el cual se cita a veces el libro sobre la Vida Feliz, y se alaba un pasaje del tercer libro contra los Académicos; de donde entendemos que este segundo libro sobre el Orden fue completado después de aquellos.

El argumento de ambos libros se presenta en la Retracción adjunta. En el primero, hay un pasaje notable donde se reprimen los impulsos de emulación y vanidad que suelen agitar a los jóvenes dedicados a los estudios. En el segundo libro, a partir de la definición del orden, surgen varias cuestiones: y dado que la dificultad del tema superaba la capacidad de los interlocutores, Agustín consideró oportuno enseñar el orden correcto de estudio. Por lo tanto, primero discute sobre la correcta formación de los hábitos, y luego sobre la adquisición de las disciplinas humanas, con cuya ayuda el alma se eleva finalmente a la comprensión de cosas más elevadas.

**LIBRO PRIMERO.** Presenta dos discusiones, la primera de las cuales enseña que absolutamente todo, tanto lo bueno como lo malo, está contenido en el orden de la providencia divina. La segunda toca algo sobre la excelencia y noción del orden; y aquí, aprovechando la ocasión, Agustín reprende severamente los desórdenes del alma y las disputas infantiles de sus alumnos por la gloria; y luego dice que Mónica, por su sexo, no debe ser excluida de la discusión filosófica.

### PREFACIO.

**CAPÍTULO PRIMERO.**---Todo está gobernado por la providencia divina.

1. Seguir y comprender el orden de las cosas, Zenobio, es propio de cada uno, pero ver o explicar el orden del universo por el cual este mundo es contenido y gobernado es extremadamente difícil y raro para los hombres. A esto se añade que, aunque alguien pueda hacerlo, no tiene la capacidad de encontrar un oyente digno de tan divinas y oscuras materias, ya sea por el mérito de su vida o por algún hábito de erudición. Sin embargo, no hay nada que las mejores mentes deseen más ávidamente, ni que más ansíen escuchar y aprender aquellos que, con la cabeza erguida cuanto les es posible, contemplan los escollos y tempestades de esta vida, que cómo es posible que Dios cuide de los asuntos humanos, y que haya tanta perversidad difundida en los asuntos humanos, que no parecería atribuible a la divina, ni siquiera a una administración servil, si se le diera tal poder. Por lo tanto, se deja como necesario para aquellos a quienes tales cosas preocupan, creer que la providencia divina no se extiende hasta estas últimas y más bajas cosas, o que ciertamente todos los males son

cometidos por la voluntad de Dios. Ambas cosas son impías, pero más la segunda. Aunque creer que algo está abandonado por Dios es tanto lo más ignorante como lo más peligroso para el alma; sin embargo, entre los hombres, nadie ha acusado a otro de no haber podido hacer algo: la crítica a la negligencia es mucho más pura que la de la malicia y la crueldad. Así, la razón se ve como compelida a sostener, sin olvidar la piedad, que estas cosas terrenales no pueden ser administradas por lo divino, o que son descuidadas y despreciadas más bien que gobernadas de tal manera que toda queja sobre Dios sea suave e irreprochable.

2. Pero, ¿quién es tan ciego de mente que dude en atribuir a la moderación y poder divinos cualquier cosa en el movimiento de los cuerpos que está más allá de la disposición y voluntad humanas? A menos que, por casualidad, alguien crea que los miembros de los más diminutos animales se forman con una dimensión tan precisa y sutil por casualidad; o que lo que niega que sea por casualidad, pueda admitir que se hizo sin razón; o que, a través de toda la naturaleza, lo que en cada cosa individual admiramos como ordenado sin ningún esfuerzo del arte humano, nos atrevamos a alejarlo del juicio más secreto de la majestad con alguna vana opinión. Pero, en efecto, esto mismo es más pleno de cuestiones, que los miembros de una pulga estén dispuestos y distinguidos de manera maravillosa, mientras que la vida humana se ve envuelta y fluctúa en la inconstancia de innumerables perturbaciones. Pero de esta manera, si alguien pudiera ver tan minuciosamente que en un pavimento de mosaico su vista no pudiera abarcar más allá del módulo de una sola tesela, criticaría al artesano como ignorante de la ordenación y composición; porque consideraría perturbada la variedad de las piedras, ya que no podría ver y admirar al mismo tiempo los emblemas que, congruentes en la forma de una sola belleza, no podrían ser vistos y admirados al mismo tiempo. Nada diferente le sucede a los hombres menos eruditos, que no pueden abarcar y considerar con su mente débil la totalidad de la disposición y armonía de las cosas, si algo les ofende, porque es grande para su pensamiento, creen que una gran fealdad reside en las cosas.

3. La mayor causa de este error es que el hombre no se conoce a sí mismo. Sin embargo, para conocerse, necesita una gran costumbre de apartarse de los sentidos y reunir su mente en sí mismo y retenerla en sí mismo. Esto solo lo logran aquellos que, en soledad, curan las heridas de las opiniones que inflige el curso de la vida cotidiana, o las sanan con disciplinas liberales.

CAPÍTULO II.---Dedica esta obra a Zenobio.

Así, el alma, devuelta a sí misma, comprende cuál es la belleza del universo; que ciertamente ha sido llamada por uno solo. Por eso, no se permite ver esa belleza al alma que se dispersa en muchas cosas y sigue con avidez la pobreza, que no sabe que solo puede evitarse con la separación de la multitud. No me refiero a la multitud de hombres, sino a todo lo que toca los sentidos. Y no te extrañe que sufra más pobreza cuanto más desea abarcar muchas cosas. Pues así como en un círculo, por amplio que sea, hay un solo centro al que todo converge, que los geómetras llaman centro, y aunque las partes de toda la circunferencia puedan ser divididas innumerablemente, no hay nada más que ese uno, por el cual las demás se miden igualmente, y que domina sobre todas como con un cierto derecho de igualdad; si deseas salir de allí hacia cualquier parte, todo se pierde en la medida en que se avanza hacia muchas cosas: así el alma, dispersa desde sí misma, es golpeada por una inmensidad y se consume en verdadera mendicidad, cuando su naturaleza la obliga a buscar en todas partes uno solo, y la multitud no le permite encontrarlo.

4. Pero también lo que he dicho, qué es, y cuál es la causa del error de las almas, y cómo todas las cosas se unen y son perfectas en uno, y sin embargo los pecados deben ser evitados, lo comprenderás, mi Zenobio. Pues así conozco tu ingenio y tu alma amante de toda belleza,

sin la desmesura y suciedad de la lujuria. Esta señal en ti prescribe por derecho divino a las perniciosas pasiones futuras sabiduría, para que no abandones tu causa seducido por falsos placeres; en cuya transgresión nada más vil y peligroso puede encontrarse. Por lo tanto, comprenderás estas cosas, créeme, cuando te dediques a la erudición, que purga y cultiva el alma, de ninguna manera antes apta para que se le confíen semillas divinas. Todo esto, qué es y qué orden requiere, qué promete la razón a los estudiosos y buenos, qué vida llevamos tus más queridos, y qué fruto cosechamos del ocio liberal, estos libros te enseñarán suficientemente, creo yo, más dulces para nosotros por tu nombre que por nuestra elaboración, especialmente si deseas insertarte y adaptarte al mismo orden, sobre el cual te escribo, eligiendo lo mejor.

5. Pues cuando el dolor de estómago me obligó a dejar la escuela, ya que, como sabes, incluso sin tal necesidad, intentaba refugiarme en la filosofía, inmediatamente me dirigí a la villa de nuestro muy querido amigo Verecundo. ¿Qué puedo decir, que él lo hizo de buena gana? Conoces bien la singular benevolencia del hombre hacia todos, y especialmente hacia nosotros. Allí discutíamos entre nosotros lo que parecía útil, con el estilo ciertamente presente para registrar todo, lo cual veía que era beneficioso para mi salud. Pues aunque estaba retenido por cierta preocupación por hablar, no se introducía ninguna contienda desmedida durante la discusión. Al mismo tiempo, si decidíamos consignar algo por escrito, no había necesidad de otra manera de hablar, ni esfuerzo de memoria. Conmigo estaban Alypius y mi hermano Navigio, y Licencio, de repente admirablemente dedicado a la poesía. También Trygetio nos había devuelto de la milicia, quien, como veterano, amaba la historia. Y ya teníamos algo en los libros.

## DISPUTACIÓN PRIMERA.

### CAPÍTULO III.---Ocasión de la disputa.

6. Pero una noche, cuando me desperté como de costumbre, y en silencio reflexionaba sobre lo que venía a mi mente no sé de dónde: pues el amor por descubrir la verdad ya se había convertido en un hábito para mí, de modo que o bien la primera, si tales preocupaciones estaban presentes, o al menos la última, casi la mitad de la noche, permanecía despierto pensando en cualquier cosa; y no permitía que las vigiliadas de los jóvenes me distrajeran de mí mismo, porque ellos también durante todo el día hacían tanto, que me parecía excesivo si también usurparan algo de las noches para el trabajo de los estudios; y ellos también tenían de mí la instrucción de que hicieran algo además de los libros, y acostumbraran a su alma a habitar consigo misma: entonces, como dije, estaba despierto; cuando de repente el sonido del agua detrás de los baños, que fluía, me llamó la atención, y lo noté más atentamente de lo habitual. Me parecía muy extraño que ahora sonara más fuerte, ahora más bajo, la misma agua golpeando las piedras. Comencé a preguntarme cuál podría ser la causa. Confieso que no se me ocurría nada; cuando Licencio, al golpear la madera cercana, espantó a los ratones importunos desde su cama, y así indicó que estaba despierto. A quien le dije: ¿Has notado, Licencio (pues veo que tu Musa te ha encendido la luz para estudiar), cómo este canal suena de manera inconstante? Ya, dijo él, esto no es nuevo para mí. Pues cuando, deseando serenidad, me desperté alguna vez y presté atención, para que no se desatara una tormenta, esa agua hacía lo que ahora. Trygetio lo aprobó. Pues él también, acostado en su cama en la misma habitación, estaba despierto, sin que nosotros lo supiéramos: pues era de noche; lo cual en Italia es casi necesario incluso para los ricos.

7. Entonces, cuando vi que nuestra escuela, por pequeña que fuera, pues tanto Alypius como Navigio habían ido a la ciudad, no estaba dormida incluso a esas horas, y ese curso de agua

me recordaba que dijera algo sobre él: ¿Qué os parece, dije, que sea la causa de que este sonido varíe así? Pues no creemos que nadie a estas horas, ya sea por paso o por lavar algo, interrumpa tantas veces ese flujo. ¿Qué piensas, dijo Licencio, sino que en algún lugar las hojas de algún tipo, que caen copiosa y perpetuamente en otoño, se interponen en las estrecheces del canal, y a veces se vencen y ceden; pero cuando el agua que las empujaba pasa, se vuelven a acumular y apilar: o algo más sucede por el variado azar de las hojas flotantes, que de manera similar puede frenar o liberar ese flujo? Me pareció probable, no teniendo otra cosa, y confesé, alabando su ingenio, que no había encontrado nada, aunque había buscado durante mucho tiempo por qué era así.

8. Entonces, después de un breve silencio: Con razón, dije, no te sorprendiste, y te mantenías dentro con Calíope. Con razón, dijo él: pero ahora realmente me has dado algo grande para admirar. ¿Qué es esto, dije? Que tú, dijo él, te sorprendiste por eso. Pues, ¿de dónde suele surgir la admiración, o cuál es la madre de este defecto, sino de una cosa inusual fuera del orden manifiesto de las causas? Y él: Acepto, dijo, fuera del manifiesto; pues nada me parece que suceda fuera del orden. Aquí yo, más animado con una esperanza más alegre de lo que suelo estar cuando les pregunto algo, que el alma de un joven, tan pronto y casi ayer convertido a estas cosas, hubiera concebido algo tan grande, sin que nunca antes se hubiera discutido entre nosotros tal cuestión: Bien, dije, bien; pero realmente bien has sentido mucho, has osado mucho: créeme esto; trasciendes el Helicon por un largo intervalo, al cual intentas llegar como al cielo. Pero desearía que estuvieras presente en esta sentencia, pues intentaré debilitarla. Déjame, dijo, por favor; pues estoy muy concentrado en otra cosa. Aquí yo, temiendo no poco que, completamente entregado al estudio de la poesía, fuera arrastrado lejos de la filosofía: Te irritaré, dije, con esos versos tuyos, cantando y aullando en todo tipo de metros, que intentan erigir un muro más inmenso entre tú y la verdad que entre tus amantes; pues en sí mismos, incluso con una pequeña grieta, respiraban. Pues él había comenzado a cantar a Píramo.

9. Cuando dije esto con una voz más severa de lo que él pensaba, guardó silencio por un momento. Y yo ya había dejado lo comenzado, y había vuelto a mí mismo, para no querer ocuparme de manera inapropiada y en vano. Entonces él: Yo mismo, dijo, con mi propio testimonio, como un ratón, no se dijo mejor en Terencio que ahora puedo decir de mí mismo: pero ciertamente eso último tal vez se vuelva en lo contrario. Pues lo que él dijo, Hoy he perecido, yo hoy tal vez sea encontrado. Pues si no desprecias lo que los supersticiosos suelen incluso augurar de los ratones, si yo advertí a ese ratón o ratón que me delató a ti despierto, con mi ruido, si tiene sentido, que regrese a su guarida y descanse consigo mismo; ¿por qué no puedo yo mismo ser advertido por este ruido de tu voz para filosofar más bien que cantar? Pues esa es, como ya he comenzado a creer por tu diaria demostración, nuestra verdadera e inmovible morada. Por lo tanto, si no te es molesto, y crees que debe hacerse, pregunta lo que quieras; defenderé, tanto como pueda, el orden de las cosas, y afirmaré que nada puede suceder fuera del orden. Pues lo he bebido y absorbido en mi alma de tal manera, que incluso si alguien me supera en esta disputa, atribuiré esto no a ninguna temeridad, sino al orden de las cosas. Pues no será la cosa misma, sino Licencio quien será superado.

CAPÍTULO IV.---Nada sucede sin causa alguna.

10. Yo, nuevamente gozoso, me volví a ellos. Entonces a Trygetio: ¿Qué te parece? Dije. Favorezco mucho, dijo, el orden; pero sin embargo estoy incierto, y deseo con gran diligencia discutir el asunto. Que tu favor, dije, tenga esa parte: pues lo que estás incierto, también creo que lo tienes en común con Licencio y conmigo mismo. Realmente, dijo Licencio, estoy seguro de esta sentencia. Pues, ¿por qué dudaría en derribar la pared, de la que hablaste, antes

de que se erija completamente? Pues la poesía no puede realmente apartarme tanto de la filosofía como la desconfianza en encontrar la verdad. Entonces Trygetio, con palabras gozosas: Tenemos, dijo, ya lo que es más, a Licencio no Académico; pues él solía defenderlos con gran entusiasmo. Deja esto ahora, dijo, por favor, para que no me desvíe y rompa este algo divino que ha comenzado a mostrarse a mí, y al que, suspenso, me inclino. Aquí yo, viendo que mis alegrías abundaban mucho más de lo que alguna vez me atreví a desear, exclamé con entusiasmo ese verso: Así el Padre de los dioses lo haga, así el alto Apolo, Comienza: pues él mismo nos llevará, si seguimos a donde nos ordena ir, y donde establecer nuestra morada, quien ahora da el augurio, y se infunde en nuestras almas. Pues no es el alto Apolo, quien en cuevas, en montañas, en bosques, excitado por el olor del incienso y la calamidad de los rebaños, llena a los insanos; sino que ciertamente es otro, otro ese alto verídico, y la misma (¿por qué rodear con palabras?) Verdad: cuyos profetas son quienes pueden ser sabios. Por lo tanto, avancemos, Licencio, confiados en la piedad de los cultores, y con nuestros pasos oprimamos el fuego pernicioso de las fumosas pasiones.

11. Ahora, dijo, pregunta, te lo ruego, si puedo explicar este algo tan grande, tanto con tus palabras como con las mías. Esto mismo, dije, respóndeme primero de dónde te parece que esa agua fluye no al azar, sino con orden. Pues que fluya sobre canales de madera, y se conduzca hasta nuestros usos, puede pertenecer al orden. Pues fue hecho por hombres usando razón, para que en un solo curso bebieran y se lavaran, y según las oportunidades de los lugares, era consecuente que así se hiciera. Pero que esas hojas, como dices, cayeran de tal manera que sucediera esto que admiramos; ¿por qué orden de las cosas, y no más bien por casualidad, lo consideraremos hecho? Como si, dijo él, de otra manera que como cayeron, debiera o pudiera parecer a alguien que debieron caer, mirando serenamente que nada puede suceder sin causa. ¿Qué? ¿quieres que ya persiga las posiciones de los árboles y ramas, el mismo peso que la naturaleza impuso a las hojas? ¿Qué, la movilidad del aire por la cual vuelan, o la suavidad por la cual descienden, y sus diversos descensos según la afección del cielo, según su peso, según sus formas, y otras innumerables y más oscuras causas, qué me importa buscar? Estas cosas escapan a nuestros sentidos, completamente escapan: sin embargo, eso que es suficiente para la cuestión emprendida, de alguna manera no escapa al alma, que nada sucede sin causa. Pues un odioso interrogador puede seguir preguntando, ¿cuál era la causa de que se plantaran árboles allí? Responderé que los hombres siguieron la fertilidad de la tierra. ¿Qué, si no son árboles fructíferos, y nacieron al azar? También aquí responderé que vemos poco; pues la naturaleza que los engendró no es en absoluto temeraria. ¿Qué más? O se me enseña que algo sucede sin causa, o creed que nada sucede sino por un cierto orden de causas.

## CAPÍTULO V.---Dios administra todo con orden.

12. A lo que yo respondí: Aunque me llames un preguntón molesto, apenas puedo evitar serlo, ya que te convencí de no hablar con Píramo y Tisbe; sin embargo, seguiré preguntándote. ¿Para qué bien, dejando de lado innumerables otras cosas, creó la naturaleza esos mismos árboles que no dan fruto, aunque quieras que parezca ordenada? Mientras él pensaba qué responder, Trygetius dijo: ¿Acaso el uso de los árboles se ofrece a los hombres solo en sus frutos? ¿Cuántas otras cosas se hacen con su sombra, con su madera, y finalmente con sus mismas hojas? No, por favor, dijo él, respondas a sus preguntas con esto. Son innumerables las cosas que pueden mencionarse, de las cuales no hay utilidad para los hombres, o ciertamente está tan oculta o es tan débil, que no puede ser descubierta o defendida por los hombres, especialmente por nosotros. Que él mismo nos enseñe cómo puede hacerse algo sin que haya una causa previa. Después, dije, veremos eso. No es

necesario que yo sea el maestro, ya que tú, que has declarado estar seguro de algo tan grande, aún no me has enseñado nada, aunque deseo aprender mucho y por eso vigilo día y noche.

13. ¿A dónde me envías?, dijo él. ¿Es que te sigo más ligeramente que estas hojas al viento, que son arrojadas al agua corriente, de modo que no solo caen, sino que también son arrastradas? ¿Qué será cuando Licencio y Agustín enseñen filosofía? No, por favor, dije, no te menosprecies tanto ni me exaltes a mí. Pues yo también soy un niño en filosofía, y no me importa mucho, cuando pregunto, a través de quién me responde aquel que me escucha quejarme diariamente: creo que algún día serás su profeta; y quizás ese día no esté tan lejos. Sin embargo, otros también, aunque alejados de estos estudios, pueden enseñar algo cuando son forzados a la sociedad de los que discuten, como si estuvieran atados por cadenas de preguntas. Pero algo no es nada. ¿No ves (usaré tu propio ejemplo con más gusto) que esas mismas hojas que son llevadas por el viento, que flotan en las olas, resisten un poco al río que las precipita, y recuerdan a los hombres el orden de las cosas, si es verdad lo que defiendes?

14. Entonces él, saltando de la cama de alegría, exclamó: ¿Quién negará, gran Dios, que tú administras todo con orden? ¿Cómo se sostienen todas las cosas! ¿Cómo se apresuran en sus nudos con sucesiones seguras! ¿Cuántas y cuán grandes cosas se han hecho para que hablemos de esto! ¿Cuántas se hacen para que te encontremos! ¿De dónde, sino del orden de las cosas, fluye y se conduce el hecho de que hemos despertado, que notaste ese sonido, que buscaste la causa en ti mismo, que no encontraste la causa de algo tan pequeño? Incluso el ratón se revela para que yo, despierto, sea revelado. Finalmente, incluso tu propio discurso, quizás sin que tú lo pretendas (pues no está en el poder de nadie lo que viene a la mente), de alguna manera se da la vuelta para enseñarme qué debo responderte. Pues, te ruego, si lo que hemos dicho se difunde un poco más ampliamente en la fama de los hombres, como has dispuesto que se escriba; ¿no parecerá un asunto tan grande que un gran profeta o un caldeo debería haber respondido sobre él mucho antes de que ocurriera? Si hubiera respondido, sería llamado divino, sería alabado por todos, de modo que nadie se atrevería a preguntar por qué cayó una hoja del árbol, o si un ratón fue molesto para un hombre acostado. ¿Acaso alguno de ellos ha dicho tales cosas futuras por sí mismo, o ha sido obligado a decirlas por un consultante? Pero si dijera que un libro no insignificante sería escrito, y viera que necesariamente ocurriría, pues no podría adivinar de otra manera; ciertamente, cualquier cosa que haga el vuelo de las hojas en el campo, cualquier cosa que haga el animal más vil en la casa, es tan necesaria en el orden de las cosas como esas letras. Pues con estas palabras se hacen cosas que, sin esas cosas viles precedentes, no podrían venir a la mente, ni salir de la boca y ser encomendadas a la posteridad. Por lo tanto, ya no pido que nadie me pregunte por qué se hace algo. Es suficiente que nada se haga, nada se genere sin que alguna causa lo haya engendrado y movido.

CAPÍTULO VI.---El orden lo abarca todo.

15. Aquí parece que no sabes, joven, cuántas y qué grandes cosas han dicho hombres contra la adivinación. Pero responde ahora, no si algo se hace sin causa; pues ya veo que no quieres responder a eso: sino si este orden que has adoptado te parece algo bueno o malo. Y él, murmurando, dijo: No has preguntado de tal manera que pueda responder con una de las dos opciones. Veo aquí una cierta medianía. Pues el orden no me parece ni bueno ni malo. ¿Qué piensas al menos, dije, que sea contrario al orden? Nada, dijo él. Pues, ¿cómo puede haber algo contrario a aquello que lo ocupa todo, que lo ha obtenido todo? Pues lo que sea contrario al orden, necesariamente será fuera del orden. Pero no veo que haya nada fuera del orden. Por lo tanto, no se debe pensar que haya algo contrario al orden. ¿Acaso, dijo Trygetius, el error no es contrario al orden? De ninguna manera, dijo. Pues no veo a nadie errar sin causa. Y la

serie de causas está incluida en el orden. Y el mismo error no solo es engendrado por una causa, sino que también engendra algo de lo que es causa. Por lo tanto, cuanto más no está fuera del orden, tanto menos puede ser contrario al orden.

16. Y cuando Trygetius guardó silencio, y yo no cabía en mí de gozo, al ver que el hijo de un amigo muy querido se convertía también en mi hijo; y no solo eso, sino que ya se levantaba y crecía como amigo mío, y cuyo interés en las letras, aunque fueran mediocres, había desesperado, como si, habiendo recuperado su posesión, se lanzara con todo su ímpetu al centro de la filosofía. Mientras me maravillaba en silencio y me consumía en gratitud, de repente él, como si fuera arrebatado por una cierta inspiración, exclamó: ¡Oh, si pudiera decir lo que quiero! Ruego; ¿dónde, dónde están, palabras? Ayudadme. Tanto lo bueno como lo malo están en orden.

CAPÍTULO VII.---Dios no ama el mal aunque pertenezca al orden.

17. Creedlo, si queréis; pues no sé cómo explicarlo. Yo me maravillaba y guardaba silencio. Pero Trygetius, al ver que el hombre, como si hubiera digerido un poco la embriaguez, se había vuelto accesible y devuelto al diálogo: Me parece absurdo, Licencio, y completamente ajeno a la verdad lo que dices; pero te ruego que me permitas un momento, y no te alteres gritando. Di lo que quieras, dijo él: pues no temo que me apartes de lo que veo, y casi tengo. Ojalá, dijo, no te desvíes del orden que defiendes, no te lances con tanta negligencia (para hablar más suavemente) hacia Dios. Pues, ¿qué podría decirse más impío que incluso el mal está contenido en el orden? Ciertamente, Dios ama el orden. Verdaderamente lo ama, dijo él; de él mana, y con él está. Y si algo puede decirse más adecuadamente sobre un asunto tan elevado, piénsalo, te ruego, tú mismo. Pues no soy idóneo para enseñarte eso ahora. ¿Qué debo pensar?, dijo Trygetius. Acepto completamente lo que dices, y me basta con lo que entiendo. Ciertamente, dijiste que incluso el mal está contenido en el orden, y que el mismo orden mana del sumo Dios, y es amado por él. De lo cual se sigue que el mal también proviene del sumo Dios, y que Dios ama el mal.

18. En esta conclusión temí por Licencio. Pero él, gimiendo por la dificultad de las palabras, y sin buscar en absoluto qué responder; sino cómo expresar lo que debía responder: Dios no ama el mal, dijo; y no por otra razón, sino porque no es del orden que Dios ame el mal. Y ama mucho el orden porque a través de él no ama el mal. Pero, ¿cómo pueden no estar en orden los mismos males, si Dios no los ama? Pues este mismo es el orden de los males, que no sean amados por Dios. ¿Te parece pequeño el orden de las cosas, que Dios ame lo bueno y no ame lo malo? Así, los males no están fuera del orden, que Dios no ama, y sin embargo ama el mismo orden: pues ama amar lo bueno y no amar lo malo; lo cual es de gran orden y disposición divina. Este orden y disposición, porque guarda la congruencia del universo con su misma distinción, hace que incluso los males deban existir. Así, como de alguna manera de antítesis, lo cual también nos es agradable en el discurso, es decir, de contrarios, se forma la belleza de todas las cosas juntas.

19. Después de esto, hizo una breve pausa. Y de repente, levantándose hacia donde Trygetius tenía su cama: Pues te pregunto, te ruego, dijo, ¿es justo Dios? Él guardaba silencio, admirando y temiendo mucho, como relató después, la inspiración repentina del discurso de su compañero y amigo. Mientras él guardaba silencio, él continuó así. Pues si respondes que Dios no es justo, tú verás qué haces, tú que hace un momento me acusabas de impiedad. Pero si, como se nos enseña, y sentimos por la misma necesidad del orden, Dios es justo, al distribuir a cada uno lo suyo, ciertamente es justo. Pero, ¿qué distribución puede llamarse, donde no hay distinción? ¿O qué distinción, si todo es bueno? ¿O qué puede encontrarse

fuera del orden, si la justicia de Dios da a cada uno lo suyo según los méritos de los buenos y los malos? Pero todos confesamos que Dios es justo. Por lo tanto, todo está incluido en el orden. Dicho esto, saltó de la cama, y ya con voz más suave, cuando nadie le dirigía la palabra: ¿No me respondes nada, tú que me impulsaste a esto?

20. A lo que yo respondí: Esta nueva devoción ha surgido en ti, cedo (Terent. Andr. act. 4, scen. 3), dije. Pero lo que parezca, responderé durante el día, que ya me parece regresar; a menos que sea la luna la que introduce ese resplandor por las ventanas. Al mismo tiempo, debemos asegurarnos de que tus grandes logros, Licencio, no sean absorbidos por el olvido. Pues, ¿cuándo nuestras letras no exigirán que esto se les encomiende? Te diré claramente lo que siento, discutiré contra ti, tanto como pueda; pues no puede haber para mí mayor triunfo que si me vences. Pero si tu debilidad, que quizás no pueda soportar un dios tan grande, cede a la astucia o a un cierto error de los hombres, cuyas partes intentaré asumir; la misma situación te recordará cuánta fuerza debes adquirir para regresar más fuerte a él: al mismo tiempo, porque quiero que esta nuestra discusión salga más pulida; pues no debo destinarla a oídos toscos. Pues nuestro Zenobio a menudo discutió conmigo sobre el orden de las cosas, a quien nunca pude satisfacer en sus profundas preguntas, ya sea por la oscuridad de los asuntos, o por la estrechez de los tiempos. Pero él fue tan impaciente con las frecuentes postergaciones, que incluso me provocó con un poema para que respondiera más diligente y copiosamente, y con un buen poema, por lo que lo amarás más. Pero ni entonces pudo leerse para ti, alejado como estabas de estos estudios, ni ahora puede. Pues su partida fue tan repentina y perturbada por aquel tumulto, que nada de esto pudo venirnos a la mente: pues había decidido dejarme eso para responder; y hay muchas razones por las que este discurso debe enviársele. Primero, porque se le debe; luego, porque es apropiado que se le informe de qué tipo de vida llevamos ahora, por su benevolencia hacia nosotros; finalmente, porque en la alegría por tu esperanza no cede a nadie. Pues incluso cuando estaba presente, por la familiaridad con tu padre, o más bien con todos nosotros, estaba muy preocupado de que ciertas chispas de tu ingenio, que observaba diligentemente, no fueran tanto avivadas por mi cuidado, como extinguidas por tu negligencia. Y cuando sepa que también eres aficionado a la poesía, se alegrará de tal manera que ya me parece verlo exultante.

CAPÍTULO VIII.---Licencio encendido por el amor a la filosofía. Reprendido por Mónica por cantar un versículo del salmo en un lugar inapropiado. Utilidad de las disciplinas liberales.

21. No me harás nada más grato, dijo: pero, ya sea que os riáis de mi movilidad y ligereza infantil, o que de algún modo verdaderamente divino y ordenado ocurra en nosotros, no dudo en deciros que me he vuelto más perezoso para esos versos de repente; algo, algo muy diferente, no sé qué, ahora me resplandece con luz. La filosofía es más hermosa, lo confieso, que Tisbe, que Píramo, que esa Venus y Cupido, y tales amores de todo tipo: y con un suspiro daba gracias a Cristo. Recibí esto, ¿qué diré?, con gusto; o ¿qué no diré? Que cada uno lo tome como quiera, no me importa, salvo que quizás me alegraba en exceso.

22. Mientras tanto, después de un poco, el día se abrió; ellos se levantaron, y yo llorando oré mucho: cuando escuché a Licencio canturreando alegre y locuazmente aquel versículo del Profeta: Dios de los ejércitos, conviértenos; y muéstranos tu rostro, y seremos salvos (Salmo LXXIX, 8). Lo cual, el día anterior después de la cena, cuando había salido al exterior por necesidades naturales, lo cantó un poco más alto de lo que nuestra madre podía soportar, ya que en ese lugar se repetían continuamente tales cosas. Pues no decía nada más, ya que recientemente había aprendido el modo de la canción, y amaba, como suele suceder, la melodía inusual. La piadosísima mujer, como sabes, lo reprendió por esto mismo, porque el

lugar no era adecuado para el canto. Entonces él había dicho, bromeando: Como si alguien me encerrara aquí, ¿no escucharía Dios mi voz?

23. Así que por la mañana, cuando regresó solo, pues ambos habían salido por la misma razón, se acercó a mi cama. Dime la verdad, dije, que así nos suceda lo que desees, ¿qué piensas de mí? Y yo, tomando la mano del joven: Lo que pienso, dije, lo sientes, lo crees, lo entiendes. Pues no creo que en vano cantaras tanto tiempo ayer para que el Dios de los ejércitos, convertido a ti, te muestre su rostro. Y él, recordando con admiración: Dices algo grande y verdadero. Pues no me afecta poco que ahora me apartara tan difícilmente de esas tonterías de mi poema, y ya me da pereza y vergüenza volver a ellas, así de completamente me elevo hacia ciertas cosas grandes y maravillosas. ¿No es esto verdaderamente convertirse a Dios? Y también me alegra que en vano se me haya inculcado el escrúpulo de la superstición por cantar tales cosas en tal lugar. A mí, dije, tampoco me desagrade esto, y creo que pertenece a ese orden que también dijéramos algo al respecto. Pues veo que a ese canto, y al mismo lugar donde ella se ofendió, y a la noche, les corresponde. ¿De qué cosas crees que oramos para convertirnos a Dios, y ver su rostro, sino de cierto lodo del cuerpo y de las inmundicias, y también de las tinieblas con las que el error nos envuelve? ¿O qué es convertirse, sino elevarse a sí mismo de la desmesura de los vicios, con virtud y templanza? ¿Y qué es el rostro de Dios, sino la misma verdad a la que suspiramos, y a la que nos hacemos puros y hermosos para ser amados? No se puede decir mejor, exclamó él. Luego, más bajo, como al oído: Mira, te ruego, cuántas cosas han ocurrido, para que crea que algo ya está sucediendo con nosotros en un orden más favorable.

24. Si te preocupa el orden, debes volver a esos versos. Pues la erudición de las disciplinas liberales, ciertamente modesta y sucinta, hace a los amantes de la verdad más ágiles, perseverantes y refinados, para que la busquen con más ardor, la persigan con más constancia, y finalmente disfruten de la vida beatísima. Al mencionarla, todos se levantan, y como si atendieran a las manos, si tienes algo que puedas dar a los necesitados e impedidos por diversas enfermedades. Cuando la sabiduría comienza a aconsejarles que soporten al médico, y se dejen curar con alguna paciencia, recaen en sus harapos. Al calentarse con ellos, consumidos por la fiebre, rascan con más gusto la sarna de sus miserables placeres, que soportar y someterse a las advertencias del médico, aunque sean un poco duras y pesadas para sus enfermedades, para ser devueltos a la salud de los sanos y a la luz. Así, contentos con el nombre y el sentido del sumo Dios, como si fuera una limosna, viven miserables, pero viven. Pero otros hombres, o, para hablar con más verdad, otras almas, mientras llevan este cuerpo, ya dignas de su esposo, aquel óptimo y bellissimo, las busca, a quienes no les basta vivir, sino vivir bienaventuradamente. Ve, pues, por ahora a esas Musas. Sin embargo, ¿sabes lo que quiero que hagas? Ordena, dije, lo que te plazca. Cuando, dije, Píramo y su amada se hayan matado, como vas a cantar, en el mismo dolor, en el que tu poema debe inflamarse más vehementemente, tienes la oportunidad más adecuada. Toma la execración de esa lujuria vil y de los incendios venenosos, que les suceden a esos desdichados: luego elévate por completo en alabanza del amor puro y sincero, por el cual las almas dotadas de disciplinas y hermosas por la virtud se unen al intelecto a través de la filosofía, y no solo huyen de la muerte, sino que también disfrutan de la vida más bienaventurada. Entonces él, en silencio y reflexionando por un largo tiempo, moviendo la cabeza, se retiró.

25. Luego, también me levanté y, después de ofrecer a Dios mis votos diarios, comenzamos a dirigirnos a los baños. Ese lugar nos resultaba adecuado y familiar para discutir, ya que no podíamos estar en el campo debido al cielo nublado. De repente, ante las puertas, observamos a los gallos de pelea enzarzados en una lucha muy feroz. Nos complació prestar atención.

¿Qué no abarcan, qué no recorren los ojos del amante, para que la belleza de la razón, que modera y gobierna todo con conocimiento e ignorancia, no insinúe algo desde cualquier lugar, atrayendo a sus seguidores hacia donde y cuando sea que ordene buscarse a sí misma? Pues, ¿de dónde o dónde no puede dar una señal? Como se podía ver en esos mismos gallos, con las cabezas proyectadas hacia adelante, las crestas infladas, los golpes vehementes, las evasiones cautelosas, y en todo movimiento de los animales irracionales, nada carece de decoro, ya que otra razón superior modera todo. Finalmente, la ley misma del vencedor; el canto orgulloso, y los miembros reunidos en un solo cuerpo, como en un gesto de dominio. La señal del vencido; las plumas levantadas desde el cuello, y en la voz y el movimiento, todo deforme, y sin embargo, de alguna manera, armonioso y hermoso según las leyes de la naturaleza.

26. Nos preguntábamos muchas cosas: por qué todos así, por qué por la dominación sobre las hembras sometidas a ellos, por qué luego la misma apariencia de la pelea nos llevaba a un cierto placer del espectáculo, más allá de esta consideración más elevada: qué había en nosotros que buscaba muchas cosas alejadas de los sentidos; qué, por otro lado, era capturado por la invitación de los mismos sentidos. Nos decíamos a nosotros mismos: ¿Dónde no hay ley? ¿Dónde no hay dominio debido al mejor? ¿Dónde no hay sombra de constancia? ¿Dónde no hay imitación de aquella verdadera belleza? ¿Dónde no hay medida? Y así, advertidos de que debía haber una medida en la observación, continuamos hacia donde estaba nuestro propósito. Y allí, como pudimos, ciertamente con diligencia (pues los asuntos eran recientes, y ¿cuándo podrían escapar de la memoria de tres estudiosos tan destacados?), recopilamos todos los trabajos de nuestra lucubración en esta parte del libro. Y no hice nada más ese día, para cuidar mi salud, excepto que antes de la cena solía escuchar con ellos medio volumen de Virgilio cada día, considerando en todas partes nada más que la medida de las cosas. Lo cual nadie puede desaprob; pero sentirlo, cuando alguien actúa con diligencia, es muy difícil y rarísimo.

## DISPUTA SEGUNDA.

### CAPÍTULO IX.---El orden como guía hacia Dios.

27. Luego, al día siguiente, nos reunimos temprano en la mañana en el lugar habitual, y allí nos sentamos. Y yo, con ambos atentos a mí: Aquí estarás, dije, Licencio, tanto como puedas, y tú también, Trygetio; pues no se trata de un asunto pequeño: estamos investigando sobre el orden. ¿Qué haré ahora, como si estuviera en aquella escuela de la que me alegra haber escapado de alguna manera, para alabarles el orden de manera copiosa y elocuente? Acepten, si quieren, o más bien hagan que quieran, lo que, según me parece, no puede decirse más brevemente ni más verdaderamente sobre su alabanza. El orden es aquello que, si lo seguimos en la vida, nos conducirá a Dios; y que, si no lo seguimos en la vida, no llegaremos a Dios. Sin embargo, ya presumimos y esperamos que llegaremos, a menos que mi espíritu me engañe sobre ustedes. Por lo tanto, esta cuestión debe ser discutida y resuelta con la mayor diligencia entre nosotros. Me gustaría que estuvieran presentes los demás que suelen participar con nosotros en estos asuntos. Me gustaría, si fuera posible, tener ahora conmigo no solo a ellos, sino al menos a todos nuestros amigos, cuyo ingenio siempre admiro, tan atentos como ustedes; o al menos solo a Zenobio, a quien nunca he encontrado ocioso en este gran asunto. Pero como eso no ha sucedido, leerán nuestras cartas, ya que hemos decidido no perder palabras sobre estos asuntos, y atar las cosas mismas, fugaces de la memoria, con el vínculo de los escritos para que puedan ser recuperadas. Y tal vez así lo exigía el mismo orden, que procuró su ausencia. Pues ciertamente ustedes, al sernos impuesta esta gran tarea para llevarla solos, se levantan con un ánimo más elevado; y cuando aquellos que nos

importan mucho las lean, si algo los mueve a contradecir, esta disputa generará otras disputas para nosotros, y la misma sucesión de discursos se insertará en el orden de la disciplina. Pero ahora, como prometí, Licencio, en la medida en que el asunto lo permita, me opondré a ti; quien ya casi ha concluido todo el caso, si puede fortificarlo con el muro de la defensa de manera estable y firme.

CAPÍTULO X.---Qué es el orden. Cómo controlar los impulsos de emulación y vanagloria en los jóvenes que se dedican a las letras.

28. Aquí, cuando los vi suficientemente conmovidos por la magnitud del asunto, en silencio, con el rostro, los ojos, la suspensión e inmovilidad de los miembros, y encendidos por el deseo de escuchar: Entonces, dije, Licencio, si te parece, reúne en ti toda la fuerza que puedas, afina todo el ingenio que tengas, y abarca con una definición qué es este orden. Entonces él, al escuchar que se le instaba a definir, se estremeció como si le hubieran rociado con agua fría; y mirándome con un rostro más turbado, y, como suele suceder, sonriendo por la misma agitación: ¿Qué es esto? ¿Qué te parece, dijo? ¿O realmente crees que estoy inflado por algún espíritu adventicio? Y animándose de inmediato: O tal vez, dijo, hay algo conmigo. Guardó silencio un poco, para que lo que tenía de noción sobre el orden se condujera hacia una definición. Luego, más erguido: El orden es, dijo, por el cual se hacen todas las cosas que Dios ha establecido.

29. ¿Y el mismo Dios, dije, no te parece que actúa con orden? Sin duda, dijo, parece. Entonces, ¿Dios es actuado, dijo Trygetio. Y él: ¿Qué, dijo, niegas que Cristo es Dios, quien vino a nosotros con orden, y dice que fue enviado por Dios Padre? Si, por lo tanto, Dios envió a Cristo a nosotros con orden, y no negamos que Cristo es Dios, no solo actúa todo, sino que también Dios es actuado con orden. Aquí Trygetio, dudando: No sé, dijo, cómo tomar eso. Pues cuando nombramos a Dios, no es como si Cristo mismo viniera a nuestras mentes, sino el Padre. Pero él aparece cuando nombramos al Hijo de Dios. Haces una buena cosa, dijo Licencio. ¿Negaremos entonces que el Hijo de Dios es Dios? Aquí él, al ver que responder era peligroso, sin embargo, se obligó a sí mismo y dijo: Y este también es Dios, pero sin embargo propiamente llamamos Dios al Padre. A lo que yo: Contento más bien, dije; pues el Hijo no se llama impropriamente Dios. Pero él, movido por la religión, al no querer que sus palabras fueran escritas, instaba a Licencio a que permanecieran, al modo de los niños, o más bien de los hombres, ¡ay de mí! casi todos, como si realmente se tratara de una causa de vanagloria entre nosotros. Cuando reprendí su estado de ánimo con palabras más severas, se sonrojó: y en su perturbación noté a Trygetio riendo y alegrándose. Y a ambos: ¿Así actúan, dije? ¿No les conmueve en qué grandes cargas de vicios y tinieblas de ignorancia estamos oprimidos y cubiertos? ¿Es esta su atención de hace un momento, de la que me alegraba tontamente, y su elevación hacia Dios y la verdad? Oh, si vieran, aunque sea con ojos tan llorosos como los míos, en qué peligros yacemos, qué locura de enfermedad indica esa risa. Oh, si vieran, ¡cuán rápido, cuán inmediatamente, y cuánto más prolongadamente la convertirían en llanto! Desdichados, ¿no saben dónde estamos? Que las almas de todos los necios e ignorantes estén sumergidas es común, pero la sabiduría no extiende su mano de ayuda a los sumergidos de la misma manera. Hay otros, créanme, hay otros que son llamados hacia arriba, otros que son liberados en las profundidades. No dupliquen, se los ruego, mis miserias. Que me basten mis heridas, que para que sanen, rogando a Dios casi diariamente con lágrimas, sin embargo, a menudo me convenzo a mí mismo de que soy más indigno de sanar tan rápido como deseo. No dupliquen, se los ruego, si me deben algún amor, si me deben alguna relación, si entienden cuánto los amo, cuánto los valoro, cuánto me preocupa su comportamiento, si soy digno de que no me descuiden, si finalmente, con Dios como testigo, no miento, no deseo más para mí que para ustedes,

devuélvanme el favor. Y si me llaman maestro con gusto, devuélvanme la recompensa: sean buenos.

30. Aquí, cuando las lágrimas me impusieron un límite para no decir más, Licencio, muy molesto porque todo se escribía: ¿Qué hemos hecho, te lo ruego? Aún, dije, ¿ni siquiera admites tu pecado? ¿No sabes que en aquella escuela solía enfurecerme gravemente porque los niños eran llevados no por la utilidad y el decoro de las disciplinas, sino por el amor a la alabanza más vana, hasta el punto de que a algunos no les avergonzaba recitar incluso las palabras de otros, y recibían aplausos (¡oh, mal digno de lamentar!) de los mismos de quienes eran aquellas palabras que recitaban? Así ustedes, aunque nunca, según creo, han hecho algo así; sin embargo, intentan introducir y propagar en la filosofía, y en esa vida que finalmente me alegra haber alcanzado, la última, pero más dañina de todas las plagas de la emulación enfermiza y la vanagloria vacía: y tal vez, porque los disuado de esa vanidad y enfermedad, serán más perezosos en los estudios de la doctrina; y al ser repelidos del ardor de la fama ventosa, se congelarán en la inercia de la pereza. ¡Desdichado de mí, si es necesario soportar incluso ahora a aquellos que no pueden deshacerse de un vicio sin la sucesión de otros vicios! Probarás, dijo Licencio, cuán más purificados seremos. Ahora te suplicamos por todo lo que amas, que nos perdones, y que ordenes borrar todo eso; al mismo tiempo, que también perdones las tablillas, que ya no tenemos. Pues nada de lo que hemos discutido mucho ha sido trasladado a los libros. En verdad, dijo Trygetio, que permanezca nuestro castigo, para que eso mismo, que nos incita la fama, nos disuada de su amor con su propio látigo. Pues para que estas cartas sean conocidas solo por nuestros amigos y familiares, no sudaremos poco. Él estuvo de acuerdo.

CAPÍTULO XI.---Mónica no debe ser excluida de la disputa filosófica por su sexo.

31. Y mientras tanto, entró mi madre y nos preguntó qué habíamos avanzado; pues también ella conocía la cuestión. Cuando ordené que se escribiera tanto su entrada como su pregunta, según nuestra costumbre: ¿Qué hacen, dijo? ¿Acaso en esos libros que leen alguna vez he oído que se introducen mujeres en este tipo de disputa? A lo que yo: No me importa mucho, dije, los juicios de los soberbios e ignorantes, que irrumpen en los libros para leerlos y en los hombres para saludarlos de la misma manera. Pues no piensan en cómo son ellos mismos, sino en qué vestiduras llevan puestas, y con cuánta pompa de cosas y fortuna resplandecen. Estos, en las letras, no prestan mucha atención ni a de dónde viene la cuestión, ni a dónde intentan llegar los que discuten, ni qué han explicado y resuelto. Sin embargo, como entre ellos se encuentran algunos cuyos espíritus no deben ser despreciados, pues están salpicados de ciertos condimentos de humanidad, y fácilmente son llevados a los sagrados recintos de la filosofía a través de puertas doradas y pintadas; nuestros mayores, cuyos libros veo que conoces al escucharnos leer, ya les han satisfecho bastante. Y en estos tiempos, para no mencionar a otros, un hombre de gran ingenio y elocuencia, y con los mismos distintivos y dones de la fortuna, y lo que es ante todo, de mente muy sobresaliente, Teodoro, a quien bien conoces, se esfuerza para que ni ahora ni en el futuro ningún tipo de personas tenga motivos para quejarse con razón de las letras de nuestro tiempo. Pero si mis libros, por casualidad, tocan las manos de alguien, y al leer mi nombre no dicen, ¿Quién es este? y arrojan el códice; pero, ya sea por curiosidad o por un estudio excesivo, continúan entrando, despreciando la vileza del umbral: no les molestará que filosofes conmigo, ni tal vez despreciarán a ninguno de aquellos cuyo discurso se mezcla con mis letras. Pues no solo son libres, lo cual es suficiente para cualquier disciplina liberal, mucho menos para la filosofía, sino que nacieron en el más alto lugar entre los suyos. Sin embargo, las letras de hombres muy doctos contienen incluso a zapateros que filosofaron, y géneros de fortuna mucho más humildes: quienes, sin embargo, brillaron con tal luz de ingenio y virtud, que no querían de ninguna manera,

incluso si pudieran, cambiar sus bienes por cualquier tipo de nobleza de este tipo bajo ninguna condición. No faltará, créeme, tal tipo de personas, a quienes les agrada más esto mismo, porque filosofas conmigo, que si encuentran aquí algo más, ya sea de agrado o de gravedad. Pues también las mujeres han filosofado entre los antiguos, y tu filosofía me agrada mucho.

32. Pues para que no ignores nada, madre, esta palabra griega, por la cual se nombra la filosofía, en latín se llama amor a la sabiduría. Por lo cual también las Escrituras divinas que abrazas con vehemencia, no ordenan evitar y ridiculizar a los filósofos en general, sino a los filósofos de este mundo (Colosenses II, 8). Que hay otro mundo, remotísimo de estos ojos, que el intelecto de pocos cuerdos contempla, lo indica suficientemente el mismo Cristo, quien no dice, Mi reino no es del mundo; sino, Mi reino no es de este mundo (Juan XVIII, 36). Pues quienquiera que piense que toda filosofía debe ser evitada, no quiere otra cosa para nosotros que no amar la sabiduría. Por lo tanto, te despreciaría en estas letras mías si no amaras la sabiduría; no te despreciaría si la amaras moderadamente; mucho menos, si la amaras tanto como yo. Pero ahora, cuando la amas mucho más que a mí mismo, y sé cuánto me amas; y cuando has progresado tanto en ella, que ya no te aterroriza el horror de cualquier inconveniente fortuito, ni de la misma muerte, lo cual es muy difícil para los hombres más doctos, y todos confiesan que es la cumbre suprema de la filosofía; ¿acaso no me daré con gusto a ti también como discípulo?

33. Aquí ella, cuando con dulzura y religiosidad dijo que nunca había mentado tanto, y vi que habíamos derramado tantas palabras que no podían dejar de escribirse, y ya era el límite del libro, y no quedaban tablillas; decidimos posponer la cuestión, al mismo tiempo para cuidar mi estómago. Pues lo habían agitado más de lo que deseaba las cosas que me pareció necesario vomitar sobre esos jóvenes. Pero cuando comenzamos a irnos: Recuerda, dijo Licencio, cuántas y cuán necesarias cosas nos son dadas por ti a través de ese orden ocultísimo y divino, incluso sin que tú lo sepas. Lo veo, dije, y no soy ingrato a Dios; y a ustedes mismos, que advierten esto, por eso mismo los presumo ser mejores. Este fue mi único asunto ese día.

LIBRO SEGUNDO. Este libro contiene dos disputas, en las cuales, mientras los interlocutores examinan la definición del Orden, caen en varias cuestiones, a saber: cómo el sabio permanece inmóvil con Dios; si incluso las cosas que los hombres hacen mal se realizan por el orden de Dios; si Dios era justo antes del origen del mal; si el mal surgió del orden de Dios. Finalmente, se discute más extensamente sobre el orden correcto de estudio, que requiere que, habiendo formado adecuadamente los modales y adquirido las disciplinas humanas, el alma avance hacia lo más alto y lo divino para ser percibido.

DISPUTA PRIMERA.

CAPÍTULO PRIMERO.---Se examina la definición del Orden.

1. Luego, después de unos pocos días, llegó Alipio, y con el sol brillando intensamente, la claridad del cielo y, tanto como era posible en esos lugares en invierno, la agradable suavidad nos invitó a descender al prado, que usábamos más a menudo y con más familiaridad. Con nosotros estaba también nuestra madre, cuyo ingenio y mente inflamada hacia las cosas divinas había observado antes con una convivencia prolongada y una consideración diligente; pero en una cierta disputa de no poca importancia, que tuve con los comensales en mi cumpleaños y que recopilé en un librito, su mente me había parecido tan grande que nada más adecuado para la verdadera filosofía se veía. Por lo tanto, había decidido, cuando tuviera

tiempo libre, hacer que no faltara en nuestro coloquio. Lo cual también conociste en el primer libro de esta obra.

2. Así que, cuando nos sentamos en el lugar mencionado, como pudimos cómodamente, dije a esos dos jóvenes: Aunque me enojé con ustedes, actuando infantilmente sobre grandes asuntos; sin embargo, me parece que no sin orden, con la ayuda de Dios, sucedió que en el discurso en el que los apartaba de esa ligereza, se consumió el tiempo de tal manera que un asunto tan grande se pospuso hasta la llegada de Alipio. Por lo tanto, ya que le he hecho conocida la cuestión y le he mostrado cuánto hemos avanzado en ella, ¿estás preparado, Licencio, para defender el caso que asumiste desde esa tu definición? Pues creo recordar que dijiste que el orden es por el cual Dios hace todas las cosas. Estoy preparado, dijo, tanto como puedo. ¿Cómo, entonces, dije, actúa Dios todas las cosas con orden? ¿Es que también se actúa a sí mismo con orden; o son las demás cosas gobernadas por él con orden? Donde todas las cosas son buenas, dijo, no hay orden. Pues hay una suma igualdad, que no necesita orden. ¿Niega, dije, que todas las cosas son buenas con Dios? No lo niego, dijo. Se concluye, dije, que ni Dios ni las cosas que están con Dios son administradas con orden. Lo concedía. ¿Acaso, dije, todas las cosas buenas no te parecen ser nada? Al contrario, dijo, ellas son verdaderamente. ¿Dónde está entonces, dije, aquello tuyo que dijiste, que todas las cosas que son, son administradas con orden, y que no hay nada en absoluto que esté separado del orden? Pero también hay males, dijo, por los cuales se ha hecho que el orden incluya también los bienes; pues los bienes solos no son gobernados por orden, sino los bienes y los males juntos. Pero cuando decimos, Todas las cosas que son, no decimos solo los bienes. De lo cual resulta que todas las cosas juntas, que Dios administra, son administradas con orden.

3. A lo que yo respondí: ¿Las cosas que se administran y se realizan, te parecen que se mueven, o piensas que son inmóviles? Esas, dijo, que ocurren en este mundo, confieso que se mueven. ¿Niega, entonces, lo demás?, pregunté. Lo que está con Dios, dijo, no se mueve; creo que todo lo demás se mueve. Si, por lo tanto, piensas que lo que está con Dios no se mueve, pero concedes que lo demás se mueve, demuestras que todo lo que se mueve no está con Dios. Repite eso mismo, dijo, un poco más claramente. No me pareció que lo dijera por dificultad de entender, sino buscando tiempo para encontrar qué responder. Dijiste, continué, que lo que está con Dios no se mueve, pero lo demás sí. Si, por lo tanto, estas cosas que se mueven no se moverían si estuvieran con Dios, ya que niegas que todo lo que está con Dios se mueva, resulta que lo que se mueve está fuera de Dios. Ante estas palabras, aún permanecía en silencio; hasta que finalmente dijo: Me parece que incluso en este mundo, si algo no se mueve, está con Dios. Eso no me concierne, respondí. Pues admites, creo, que no todo lo que está en este mundo está inmóvil. De lo cual se concluye que no todo en este mundo está con Dios. Lo admito, dijo, no todo. Entonces, hay algo sin Dios. No, dijo. Entonces, todo está con Dios. Aquí, vacilante, dijo: Te ruego que no diga que nada está sin Dios; pues ciertamente todo lo que se mueve no me parece estar con Dios. Sin Dios está, dije, entonces este cielo, que nadie duda que se mueve. No está, dijo, sin Dios el cielo. Entonces, hay algo con Dios que se mueve. No puedo, dijo, explicar lo que siento como quisiera: sin embargo, lo que intento decir, te pido que, si puedes, lo entiendas sin esperar mis palabras. Pues tampoco me parece que haya algo sin Dios; y lo que está con Dios, a su vez, parece permanecer inmovible: pero no puedo decir que el cielo esté sin Dios, no solo porque creo que nada está sin Dios, sino porque pienso que el cielo tiene algo que no se mueve, que verdaderamente o es Dios, o está con Dios, aunque no dudo que el mismo cielo gire y se mueva.

CAPÍTULO II.---Qué significa estar con Dios. Cómo el sabio permanece inmóvil con Dios.

4. Define, entonces, si te place, qué significa estar con Dios, y qué significa no estar sin Dios. Pues si la controversia entre nosotros es sobre palabras, fácilmente se despreciará, siempre que veamos la cosa misma que has concebido en tu mente. Odio definir, dijo. ¿Qué haremos entonces?, pregunté. Tú, dijo, define, por favor. Pues me es más fácil ver en la definición de otro lo que no apruebo, que explicar algo bien definiendo. Te complaceré, dije. ¿Te parece que estar con Dios es ser gobernado y administrado por Él? No, dijo él, eso no concebí cuando decía que lo que no se mueve está con Dios. Ve, entonces, dije, si al menos te agrada esta definición: está con Dios todo lo que entiende a Dios. Lo concedo, dijo. ¿Qué, entonces?, pregunté. ¿No te parece que el sabio entiende a Dios? Me parece, dijo. Entonces, si los sabios no solo en una casa, o ciudad, sino también viajando y navegando por vastas regiones se mueven; ¿cómo será verdad que todo lo que está con Dios no se mueve? Me has hecho reír, dijo, como si yo hubiera dicho que lo que hace el sabio está con Dios. Está con Dios, pero aquello que conoce. ¿No conoce, dije, el sabio su libro, su manto, su túnica, sus muebles, si los tiene, y otras cosas de ese tipo, que incluso los necios conocen bien? Admito, dijo, que conocer la túnica y conocer el manto no es estar con Dios.

5. Entonces, dices, dije: No todo lo que el sabio conoce está con Dios; pero, sin embargo, todo lo que del sabio está con Dios, eso lo conoce el sabio. Muy bien, dijo; pues todo lo que conoce con este sentido del cuerpo no está con Dios, sino aquello que percibe con el alma. Quizás me atrevo a decir aún más; pero lo diré: pues con ustedes como jueces, o me afirmaré, o aprenderé. Pues quien solo conoce lo que los sentidos del cuerpo tocan, no solo no me parece estar con Dios, sino ni siquiera consigo mismo. Aquí, cuando noté a Trygetius con un rostro que parecía querer decir algo, pero la vergüenza lo contenía para no irrumpir en un lugar ajeno, le di permiso, ya en silencio Licentius, para que expresara lo que quisiera. Y él dijo: Esas cosas que pertenecen a los sentidos del cuerpo, nadie me parece conocerlas en absoluto. Pues sentir es una cosa, conocer es otra. Por lo tanto, si conocemos algo, creo que solo se contiene en el intelecto, y solo puede ser comprendido por él. De lo cual se deduce que si eso está con Dios, lo que el sabio conoce entendiendo, todo lo que el sabio conoce puede estar con Dios. Lo cual, cuando Licentius lo aprobó, añadió otra cosa que de ninguna manera pude despreciar. Pues dijo: El sabio está completamente con Dios, pues el sabio se entiende a sí mismo. Lo cual se concluye tanto de lo que recibí de ti, que eso está con Dios, lo que entiende a Dios; como de lo que dijimos, que eso está con Dios, lo que es entendido por el sabio. Pero esa parte de él por la cual usa estos sentidos (pues no creo que deba contarse cuando llamamos sabio), admito que no sé, ni en absoluto sospecho de qué tipo es.

6. Niega, entonces, dije, que el sabio no solo consiste en cuerpo y alma, sino también en toda el alma; si bien negar que esta parte que usa los sentidos pertenece al alma es demente. Pues no son los mismos ojos o los oídos, sino algo más que siente a través de los ojos. Pero el mismo sentir, si no lo atribuimos al intelecto, no lo atribuimos a ninguna parte del alma. Queda que se atribuya al cuerpo, lo cual me parece lo más absurdo que se puede decir por ahora. El alma, dijo, del sabio purificada por las virtudes, y ya unida a Dios, es digna del nombre de sabio, y nada más de ella merece ser llamado sabio: pero, sin embargo, como ciertas impurezas y despojos de los que se ha limpiado, y como si se hubiera retraído en sí misma, sirven a esa alma. O si toda esta debe llamarse alma, ciertamente sirven y están sujetas a esa parte del alma que sola merece ser llamada sabia. En esa parte sujeta también creo que reside la memoria. Por lo tanto, el sabio usa esto como un siervo, para que le ordene estas cosas, y le imponga límites ya domados y sometidos de la ley, para que mientras usa estos sentidos por aquellas cosas que ya no son necesarias para el sabio, sino para sí mismo, no se atreva a exaltarse, ni a enorgullecerse ante su amo, ni a usar indiscriminadamente y sin medida las cosas que le pertenecen. Pues a esa parte más vil pueden pertenecer las cosas que

pasan. ¿A quiénes, entonces, es necesaria la memoria, sino a las cosas que pasan y huyen? Aquel sabio, por lo tanto, abraza a Dios, y disfruta de Él, quien siempre permanece, y no se espera que sea, ni se teme que falte, sino que por el hecho de que verdaderamente es, siempre está presente. Sin embargo, cuida, inmóvil y permaneciendo en sí mismo, de la especie de patrimonio de su siervo, para que lo use bien como un siervo frugal y diligente, y lo guarde con moderación.

7. Considerando con admiración su opinión, recordé que alguna vez dije brevemente lo mismo en su presencia. Entonces, sonriendo: Da gracias, dije, Licentius, a este tu siervo, que si no te ministrara algo de su patrimonio, ahora quizás no tendrías qué expresar. Pues si la memoria pertenece a esa parte que se concede como sierva para ser gobernada por la buena mente, ahora has sido ayudado por ella, créeme, para decir esto. Entonces, antes de que vuelva a ese orden, ¿no te parece que incluso por tales cosas, es decir, por disciplinas honestas y necesarias, el sabio necesita la memoria? ¿Qué, dijo, necesita memoria, cuando tiene y retiene todas sus cosas presentes? Pues ni siquiera en el mismo sentido, para lo que está ante nuestros ojos, llamamos a la memoria en nuestra ayuda. Por lo tanto, al sabio que tiene todo ante los ojos interiores del intelecto, es decir, mirando fija e inmóvilmente a Dios mismo, con quien están todas las cosas que el intelecto ve y posee, ¿qué necesidad tiene, te pregunto, de memoria? Pero para que yo necesitara retener lo que había oído de ti, aún no soy el amo de ese siervo; sino que a veces le sirvo, a veces lucho para no servirle, y casi me atrevo a liberarme. Y si alguna vez mando, y me obedece, y a menudo me hace pensar que he vencido, en otras cosas nuevamente se levanta de tal manera que yago miserable bajo sus pies. Por lo tanto, cuando buscamos sobre el sabio, no quiero que me nombres. Ni a mí, dije. Pero, sin embargo, ¿acaso este sabio puede abandonar a los suyos, o de alguna manera, mientras actúa en este cuerpo, en el que mantiene a ese siervo sujeto a su ley, dejará el deber de otorgar beneficios a quienes puede, y especialmente lo que se le pide vehementemente, enseñar la sabiduría? Cuando hace eso, para enseñar adecuadamente, y ser menos inepto, a menudo prepara algo que hablará y discutirá de manera ordenada, lo cual, si no lo encomienda a la memoria, necesariamente se perderá. Por lo tanto, o negarás que los deberes de benevolencia pertenecen al sabio, o confesarás que algunas cosas del sabio son custodiadas por la memoria: ¿o quizás encomienda algo de sus cosas, no por sí mismo, sino por los suyos, sin embargo necesario, a ese siervo para que lo guarde, para que él, como sobrio, y de la mejor disciplina del amo, no guarde nada, excepto lo que es necesario para llevar a los necios a la sabiduría, pero lo que sin embargo le ha ordenado guardar? No creo, dijo, que se encomiende nada al sabio; si bien él siempre está fijado en Dios, ya sea en silencio, o hablando con los hombres: pero ese siervo ya bien instruido guarda diligentemente lo que a veces le sugiere al amo que discute, y le hace un servicio grato como el más justo, bajo cuyo poder ve que vive. Y lo hace no como razonando, sino prescribiendo la ley suprema y el orden supremo. No resisto ahora tus razones, dije, para que se lleve a cabo lo que hemos emprendido. Pero sobre esto, realmente, cómo se comporta (pues no es un asunto pequeño, ni contenido en tan poco discurso) lo veremos en otra ocasión, cuando Dios mismo dé la oportunidad en orden.

CAPÍTULO III.---Si la necedad está con Dios.

8. Se ha definido, sin embargo, qué significa estar con Dios. Y cuando dije que eso está con Dios lo que entiende a Dios, ustedes incluso añadieron más, que allí están también aquellas cosas que son entendidas por el sabio. En lo cual me conmueve mucho cómo de repente han colocado la necedad con Dios. Pues si con Dios están todas las cosas que entiende el sabio, y no puede evitar la necedad sino entendiéndola; también estará, lo cual es impío decir, esa plaga con Dios. Conmovidos por esta conclusión, cuando se mantuvieron en silencio por un

tiempo: Que responda, dijo Trygetius, también aquel cuya llegada a esta discusión no creo que celebremos en vano. Entonces Alypius: ¡Dios quiera cosas mejores!, dijo. ¿Acaso mi largo silencio se preparaba para esto? Pero ya se ha interrumpido la quietud. Sin embargo, ahora me esforzaré por satisfacer de alguna manera esta petición, cuando primero haya previsto para mí mismo en el futuro, y haya obtenido de ustedes que no me exijan más respuestas de este tipo. De ninguna manera, dije, Alypius, es propio de tu benevolencia y humanidad negar tu voz a nuestro discurso, incluso cuando es deseada. Pero continúa ahora, lleva a cabo lo que has comenzado; lo demás, como ya se ha dispuesto ese orden, sucederá. Igualmente, dijo, espero cosas mejores del orden, en cuya defensa han querido que me interponga por ahora. Pero, si no me equivoco, pensaste que la necedad estaba unida a Dios por tu conclusión, porque dijeron que todas las cosas que entiende el sabio están con Dios. Pero hasta qué punto debe entenderse eso, ahora lo omito; observa un poco tu razonamiento. Pues dijiste: Porque si con Dios están todas las cosas que entiende el sabio, y no puede evitar la necedad sino entendiéndola. Como si eso fuera oscuro, antes de que alguien evite la necedad, no debe considerarse con el nombre de sabio. Y se dijo que lo entendido por el sabio está con Dios. Por lo tanto, cuando alguien entiende la necedad para evitarla, aún no es sabio. Pero cuando es sabio, la necedad no debe contarse entre las cosas que él entiende. Por lo tanto, ya que esas cosas están unidas a Dios, que ya entiende el sabio, correctamente se separa la necedad de Dios.

9. Agudamente, dije, como sueles, Alypius, has respondido, pero como empujado a estrecheces ajenas. Sin embargo, porque, creo, aún te dignas ser necio conmigo, ¿qué haremos si encontramos un sabio que nos libere de tan gran mal enseñando y discutiendo con gusto? Pues nada le pediré primero, creo, sino que me muestre qué es, qué es, cómo es en absoluto la necedad. Pues de ti no afirmaré fácilmente; sin embargo, me retiene tanto y tanto tiempo, cuanto y tanto tiempo no la entiendo. Por lo tanto, dirá él, con tu autoridad: Para enseñaros esto, cuando era necio debisteis venir a mí; pero ahora podréis ser vuestros propios maestros: pues ya no entiendo la necedad. Lo cual, si lo oyera de él, no dudaría en advertirle que nos acompañara, y juntos buscaríamos otro maestro. Pues como no entiendo plenamente la necedad, veo, sin embargo, que no hay nada más necio que esta respuesta. Pero quizás le avergonzará dejarnos así o seguirnos. Por lo tanto, discutirá y exagerará copiosamente los males de la necedad. Pero nosotros, previendo bien para nosotros mismos, o escucharemos atentamente a un hombre que no sabe lo que dice, o crearemos que sabe lo que no entiende, o aún la necedad está unida a Dios por la razón de tus protegidos. Pero no veo que nada de lo anterior pueda ser defendido. Por lo tanto, queda lo que no queréis, lo último. Nunca, dijo, te había sentido envidioso. Pues si hubiera recibido algo de honorarios de estos, como dices, protegidos, mientras eres tan tenaz en este razonamiento, ahora me vería obligado a devolvérselo. Por lo tanto, o estén contentos con que les haya dado no poco tiempo para reflexionar mientras yo trabajaba contigo; o, si los patronos vencidos, sin culpa alguna suya, escuchan con gusto el consejo, y en esto ya te ceden, y sean más cautelosos en lo demás.

10. No despreciaré, dije, lo que en tu defensa Trygetius, no sé qué, también queriendo decir algo, murmuraba, y lo haré con tu buena venia: pues quizás no estás bien instruido, que recién has llegado a este asunto, para que, removida la defensa, los escuche pacientemente a ellos mismos llevando su causa, como había comenzado. Entonces Trygetius, con Licentius completamente ausente, dijo: Como quieran, tomen y ríanse de mi necedad. No me parece que deba llamarse intelecto, por el cual se entiende la misma necedad, que es la causa no solo de no entender, sino la mayor. No rechazo fácilmente aceptar eso. Pues aunque me conmueve mucho lo que siente Alypius, cómo puede alguien correctamente enseñar qué tipo de cosa es lo que no entiende, y cuánta ruina trae a la mente lo que no ve con la mente; pues eso, al

atenderlo, lo que dijiste, se abstuvo de decir, ya que le es conocida esa sentencia incluso de los libros de los doctores: sin embargo, considerando el mismo sentido del cuerpo, pues también la misma alma lo usa, y solo ella es con el intelecto cualquier comparación, me inclino a decir que nadie puede ver las tinieblas. Por lo tanto, si para la mente esto es entender, lo que para el sentido es ver, y aunque alguien tenga los ojos abiertos, sanos y puros, no puede ver las tinieblas; no se dice absurdamente que no se puede entender la necesidad: pues no llamamos a otras tinieblas de la mente. Y ya no me moverá eso, cómo puede evitarse la necesidad no entendida. Pues como evitamos las tinieblas con los ojos por el mismo hecho de que no queremos no ver: así quien quiera evitar la necesidad, no intente entenderla; sino que se duela de no entender las cosas que pueden entenderse por ella; y sienta que está presente, no porque la entienda más, sino porque entiende menos otras cosas.

CAPÍTULO IV.---Si lo que el hombre hace mal, lo hace con orden. Los males reducidos al orden contribuyen a la belleza del universo.

11. Pero volvamos al orden, para que en algún momento se nos devuelva a Licencio. Ahora les pregunto a ustedes si todo lo que hace un necio les parece que lo hace con orden. Pues vean qué trampas tiene esta pregunta. Si dicen que con orden, ¿dónde quedará aquella definición de que el orden es por el cual Dios hace todas las cosas que existen, si incluso el necio hace lo que hace con orden? Pero si no hay orden en lo que hace el necio, habrá algo que el orden no abarque: y ustedes no quieren ninguna de las dos cosas. Les ruego que no perturben toda la defensa del orden mismo. Aquí también Trigeccio, pues el otro aún estaba completamente ausente, dijo: Es fácil responder a tu complejidad; pero en este momento me falta una similitud con la que veo que mi opinión debe ser afirmada e ilustrada. Sin embargo, diré lo que siento; pues harás lo que hiciste poco antes. Aquella mención de las tinieblas, en relación con lo que yo había planteado de manera enigmática, nos trajo bastante luz. Porque toda la vida de los necios, aunque por ellos mismos sea muy inconstante y desordenada, sin embargo, por la divina providencia, está necesariamente incluida en el orden de las cosas, y como en ciertos lugares dispuestos por esa ley inefable y sempiterna, de ninguna manera se permite que esté donde no debe estar. Así sucede que, al considerar cada uno con mente estrecha solo eso, se aparta como golpeado por una gran fealdad. Pero si levantando y extendiendo los ojos de la mente, contempla todo a la vez, encontrará que nada está desordenado, sino siempre como en sus propios lugares, distinto y dispuesto.

12. ¡Qué grande, digo, qué maravilloso me parece que Dios, a través de ustedes, y más y más me lleva a creer, responde un orden oculto de las cosas que no sé! Pues dicen cosas que ni cómo se dicen he visto, ni cómo las ven entiendo; así sospecho que son verdaderas y profundas. Sin embargo, tú tal vez buscabas alguna similitud en ese sentido. Pero a mí ya se me ocurren innumerables cosas que me arrastran completamente a consentir. ¿Qué hay más horrible que un verdugo? ¿Qué más cruel y feroz que su ánimo? Sin embargo, ocupa un lugar necesario entre las mismas leyes y se inserta en el orden de una ciudad bien moderada; y es dañino por su ánimo, pero por el orden ajeno es el castigo de los culpables. ¿Qué más sucio, qué más vacío de decoro y lleno de vileza puede decirse de las prostitutas, proxenetas y otras pestes de este tipo? Si quitas a las prostitutas de los asuntos humanos, todo se perturbaría con las pasiones: si las colocas en el lugar de las matronas, deshonorarías con mancha y deshonra. Así, pues, este tipo de personas, por sus costumbres, es impurísimo en vida, por las leyes del orden es vilísimo en condición. ¿No hay en los cuerpos de los animales algunos miembros que, si los consideras solos, no puedes soportar? Sin embargo, el orden de la naturaleza no quiso que faltaran porque son necesarios, ni permitió que sobresalieran porque son indecorosos. Sin embargo, al ocupar sus lugares, lo feo concede un mejor lugar a lo mejor.

¿Qué nos resulta más agradable, qué espectáculo más acorde con el campo y la villa que aquella pelea y conflicto de gallos de pelea, de la que hicimos mención en el libro anterior (Cap. 8, n. 25)? Sin embargo, ¿qué hemos visto más abyecto en fealdad de lo que está sujeto? Y sin embargo, a través de eso, surgió una belleza más perfecta del mismo combate.

13. Creo que todas las cosas son así; pero requieren ojos. Los solecismos y barbarismos que llaman, los poetas los han amado; prefirieron llamarlos esquemas y metaplasmos con nombres cambiados, en lugar de huir de ellos como vicios manifiestos. Sin embargo, si quitas esas cosas de los poemas, echaremos de menos los condimentos más agradables. Si acumulas muchas en un solo lugar, todo será acre, rancio, y lo despreciaremos. Si lo transfieres a una dicción libre y forense, ¿quién no la evitará y se retirará al teatro? Por lo tanto, el orden que las gobierna y modera, no permitirá que sean excesivas en sí mismas, ni ajenas en cualquier lugar. Algunas cosas bajas y muy similares a lo rústico, interponiéndose entre los saltos y lugares encantadores, iluminan el discurso. Si estuvieran solas, las rechazarías como viles: pero si faltan, aquellas cosas bellas no sobresalen, no dominan en sus propias regiones y posesiones, se obstaculizan a sí mismas con su propia luz, y lo confunden todo.

CAPÍTULO V.---Cómo remediar el error de quienes creen que las cosas se hacen sin orden.

Grandes gracias se deben aquí al orden. ¿Quién no temería, quién no odiaría las conclusiones mentirosas, o que se infiltran poco a poco, ya sea disminuyendo o añadiendo, en la aceptación de la falsedad? Sin embargo, a menudo en las disputas, colocadas en lugares ciertos y propios, tienen tanto poder que, de alguna manera, la misma decepción se vuelve dulce a través de ellas. ¿No se alabará aquí también el mismo orden?

14. Ya en la música, en la geometría, en los movimientos de los astros, en las necesidades de los números, el orden domina de tal manera que si alguien desea ver como su fuente y su mismo santuario, o lo encuentra en estas cosas, o a través de ellas es conducido sin error alguno. Pues tal erudición, si alguien la usa moderadamente (pues nada allí es más temible que el exceso), nutre o incluso guía a un soldado de la filosofía, para que vuele y llegue a ese supremo modo, más allá del cual no puede, ni debe, ni desea buscar algo, y conduzca a muchos. De donde ya, mientras esté retenido por las mismas cosas humanas, las desprecia de tal manera, y discierne todo, que de ninguna manera le afecta por qué otro desea tener hijos y no los tiene; otro se atormenta por la excesiva fecundidad de su esposa; aquel carece de dinero, quien está preparado para dar generosamente muchas cosas; y aquel avaro y sarnoso se acuesta sobre su tesoro enterrado; la lujuria dispersa y disipa grandes patrimonios; un mendigo llorando todo el día apenas obtiene una moneda; otro es elevado por un honor innecesario; las costumbres luminosas se esconden en la multitud.

15. Estas y otras cosas en la vida de los hombres, a menudo obligan a las personas a creer impiamente que no somos gobernados por el orden de la divina providencia. Otros, sin embargo, piadosos y buenos y dotados de un ingenio espléndido, que no pueden inducirse a creer que somos abandonados por el Dios supremo, y sin embargo, turbados por tanta oscuridad y confusión de las cosas, no ven ningún orden, deseando que se les revelen las causas más ocultas, a menudo lamentan sus errores incluso en poemas. Si solo preguntaran por qué los italianos siempre oran por inviernos serenos, y también por qué nuestra Getulia siempre sufre sed; ¿quién les respondería fácilmente? ¿O dónde entre nosotros se investigará alguna sospecha de ese orden? Sin embargo, si puedo aconsejar a los míos, tanto como me parece y siento, opino que deben ser instruidos en todas las disciplinas (I *Retractat.*, cap. 3, n. 2). Pues de otro modo, estas cosas no pueden ser entendidas de manera que sean más claras que la luz. Pero si son perezosos, o están ocupados con otros asuntos, o ya son duros para

aprender, que se preparen defensas de fe para sí mismos; para que aquel que no permite que nadie que crea bien en sus misterios perezca, los atraiga hacia sí con ese vínculo y los libere de estos males horribles y enredados.

16. Pues hay un doble camino que seguimos cuando nos mueve la oscuridad de las cosas; o la razón, o ciertamente la autoridad. La filosofía promete razón, y apenas libera a unos pocos: a quienes, sin embargo, no solo no les permite despreciar esos misterios, sino que los obliga a entenderlos como deben ser entendidos. Y no tiene otro negocio, la verdadera y, por así decirlo, genuina filosofía, que enseñar cuál es el principio de todas las cosas sin principio, y cuán grande es el intelecto que permanece en él, o qué ha fluido de allí para nuestra salvación sin ninguna degeneración: a quien un solo Dios omnipotente y también tripotente, Padre, Hijo y Espíritu Santo, enseñan los venerables misterios, que con fe sincera e inmovible liberan a los pueblos; ni confusamente, como algunos; ni con desprecio, como muchos proclaman. Cuán grande es, además, que incluso este cuerpo de nuestra especie, un Dios tan grande se dignó asumir y actuar por nosotros, cuanto más vil parece, tanto más lleno de clemencia es, y está mucho más lejos de cierta soberbia de los ingeniosos.

17. Pero el alma, ¿de dónde toma su origen, qué hace aquí, cuánto se distancia de Dios, qué tiene propio que alterna en ambas naturalezas, hasta qué punto muere, y cómo se prueba inmortal; cuán grande creen que es el orden para que estas cosas se aprendan? Muy grande y ciertamente: sobre lo cual hablaremos brevemente, si hay tiempo. Ahora quiero que acepten de mí esto: si alguien se atreve a irrumpir en el conocimiento de estas cosas temeraria y desordenadamente, se convierte en curioso en lugar de estudioso, crédulo en lugar de docto, incrédulo en lugar de cauteloso. Por lo tanto, me maravillo de cómo respondieron tan bien y adecuadamente a mi pregunta, y me veo obligado a reconocerlo. Veamos, sin embargo, hasta dónde puede progresar su intención latente. Que ya se nos devuelvan también las palabras de Licencio, quien durante tanto tiempo, ocupado con no sé qué preocupación, ha estado ajeno a esta conversación, de modo que creo que las leerá como a aquellos amigos nuestros que no están presentes. Pero regresa a nosotros, te lo ruego, Licencio, y haz que estés aquí completamente; pues a ti te hablo. Porque aprobaste mi definición, en la que se dijo qué es estar con Dios, con quien la mente del sabio permanece inmóvil, según lo que, hasta donde puedo alcanzar, quisiste enseñarme.

#### CAPÍTULO VI.---La mente del sabio es inmóvil.

18. Pero me preocupa cómo, mientras este sabio vive entre los hombres, no se niega que esté en el cuerpo; de qué manera sucede que, mientras su cuerpo vaga aquí y allá, la mente permanece inmóvil. Pues de esta manera podrías decir que, cuando se mueve un barco, las personas que están en él no se mueven, aunque confesamos que lo poseen y lo gobiernan. Pues aunque lo gobernarán solo con el pensamiento y lo hicieran ir a donde quisieran; sin embargo, cuando se mueve, no podrían no moverse aquellos que están allí. No, dijo Licencio, el alma no está en el cuerpo de tal manera que el cuerpo mande al alma. Ni yo digo esto, dije: pero incluso el jinete no está en el caballo de tal manera que el caballo mande al jinete; y sin embargo, aunque haga que el caballo vaya a donde quiera, es necesario que se mueva cuando el caballo se mueve. Puede, dijo, estar sentado él mismo inmóvil. Nos obligas, dije, a definir qué es moverse: lo cual, si puedes, quiero que lo hagas. Por supuesto, dijo, que permanezca, te lo ruego, tu favor; pues permanece mi petición: y para que no me preguntes de nuevo si me place definir; cuando pueda hacerlo, lo declararé. Cuando se dijeron estas cosas, un niño de la casa a quien habíamos dado esa tarea, corrió hacia nosotros y anunció que era la hora del almuerzo. Entonces yo: ¿Qué es, dije, moverse, no nos lo define este niño, sino que nos

obliga a mostrarlo con los ojos mismos. Vayamos, pues, y pasemos de este lugar a otro lugar: pues no es otra cosa, si no me equivoco, que moverse. Cuando sonrieron, nos fuimos.

## DISPUTA SEGUNDA.

19. Pero cuando reparamos los cuerpos, ya que el cielo se había cubierto de nubes, nos sentamos en el lugar habitual en el baño. Y yo: ¿Concedes, entonces, dije, Licencio, que no es otra cosa el movimiento que el tránsito de un lugar a otro? Lo concedo, dijo. ¿Concedes, entonces, dije, que nadie está en ese lugar en el que no había estado, y que no se ha movido? No entiendo, dijo. Si algo, dije, estuvo en un lugar antes, y ahora está en otro, ¿concedes que se ha movido? Asentía. Entonces, dije, ¿podría el cuerpo vivo de algún sabio estar aquí con nosotros ahora, de modo que su alma no estuviera aquí? Podría, dijo. ¿Incluso, dije, si hablara con nosotros y nos enseñara algo? Incluso si, dijo, nos enseñara la misma sabiduría, no diría que está con nosotros, sino consigo mismo. ¿No, entonces, en el cuerpo, dije? No, dijo. A lo que yo: ¿No confesarías que ese cuerpo que careciera de alma estaría muerto, aunque yo haya propuesto que está vivo? No sé, dijo, cómo explicarlo. Pues veo que un cuerpo humano no puede estar vivo si el alma no está en él; y no puedo decir que, dondequiera que esté el cuerpo del sabio, su alma no esté con Dios. Yo, dije, haré que lo expliques. Pues tal vez porque Dios está en todas partes, dondequiera que vaya el sabio, encuentra a Dios con quien puede estar. Así sucede que podemos no negar que hace un tránsito de un lugar a otro, que es moverse; y sin embargo, siempre estar con Dios. Confieso, dije, que ese cuerpo hace un tránsito de un lugar a otro, pero niego que la misma mente, a la que se le ha dado el nombre de sabio, se mueva.

## CAPÍTULO VII.---Cómo había orden cuando no existía el mal.

20. Ahora, por el momento, cedo a ti, dije, para que no una cosa oscurísima, y que debe ser tratada más larga y diligentemente, impida nuestro propósito presente. Pero veamos eso, ya que hemos definido qué es estar con Dios, si podemos saber también qué es estar sin Dios, aunque ya creo que está claro. Pues creo que te parece que aquellos que no están con Dios, están sin Dios. Si pudiera, dijo, encontrar las palabras, tal vez diría algo que no te desagradaría. Pero te pido que soportes mi falta de elocuencia, y que con mente veloz anticipes las cosas mismas, como te corresponde. Pues estos no me parecen estar con Dios, y sin embargo, ser tenidos por Dios. Por lo tanto, no puedo decir que estén sin Dios, aquellos que Dios tiene. Tampoco digo con Dios, porque ellos no tienen a Dios. Pues tener a Dios, ya acordamos en aquella conversación que tuvimos en tu cumpleaños, que no es otra cosa que disfrutar de Dios (De Beata Vita, n. 34). Pero confieso que temo estas contrariedades, cómo alguien no está ni sin Dios, ni con Dios.

21. No te preocupen esas cosas, dije. Pues donde la cosa concuerda, ¿quién no desprecia las palabras? Por lo tanto, volvamos ya a aquella definición del orden. Pues dijiste que el orden es por el cual Dios hace todas las cosas. Sin embargo, veo que Dios no hace nada: pues de ahí te pareció que nada puede encontrarse fuera del orden. Mi opinión permanece, dijo: pero ya veo qué vas a decir, si Dios hace lo que confesamos que no se hace bien. Muy bien, dije; realmente has puesto el ojo en la mente. Pero así como viste lo que iba a decir, así te pido que veas qué se debe responder. Y él, moviendo la cabeza y los hombros, dijo: Nos turbamos, y tal vez esta cuestión ha sido sobrevenida por la madre. Y después de un poco de silencio, pidió que se le preguntara de nuevo por mí. A lo cual no había prestado atención que anteriormente había sido respondido por Trigeccio (Cap. 4, n. 11). Entonces yo: ¿Por qué, dije, o para qué repetirlo? No hagas, dicen, lo que ya está hecho. Por lo tanto, más bien te aconsejo que te preocupes por leer lo que se ha dicho antes, si no pudiste escucharlo. No me molestó

en absoluto tu ausencia del discurso, y durante mucho tiempo te soporté así, para que no impidiera lo que, atento y alejado de nosotros, hacías por ti mismo, y para que este estilo no te permitiera perder lo que seguías.

22. Ahora pregunto eso que aún no hemos intentado discutir con diligente razón. Pues tan pronto como esta cuestión sobre el orden nos fue engendrada por no sé qué orden, recuerdo que dijiste que esta es la justicia de Dios, que separa entre buenos y malos, y da a cada uno lo suyo (Supra, lib. 1, c. 7, n. 19). Pues no hay, según siento, una definición más manifiesta de justicia: por lo tanto, quisiera que respondieras si te parece que alguna vez Dios no fue justo. Nunca, dijo. Si, entonces, siempre, dije, Dios es justo, siempre han existido el bien y el mal. Absolutamente, dijo la madre, no veo otra cosa que se siga. Pues no hubo juicio de Dios cuando no había mal; ni, si alguna vez no dio a cada uno lo suyo entre buenos y malos, puede parecer que fue justo. Mientras ellos guardaban silencio, noté que Trigeccio quería responder, y lo permití. Y él dijo: Absolutamente, dijo, Dios era justo. Pues podía separar el bien del mal, si hubiera existido, y por el mismo hecho de que podía, era justo. Pues cuando decimos que Cicerón investigó prudentemente la conspiración de Catilina, no fue corrompido por ningún soborno para perdonar a los malos, los ejecutó justamente con el máximo castigo por la autoridad del senado, soportó valientemente todos los ataques de los enemigos y la carga, como él mismo dijo, de la envidia, esas virtudes no habrían estado en él si Catilina no hubiera preparado tal ruina para la república. Pues la virtud debe ser considerada por sí misma, no por alguna obra de este tipo, incluso en el hombre; cuánto más en Dios, si se permite de alguna manera componer estas cosas en las limitaciones de las cosas y las palabras. Pues para que entendamos que Dios siempre fue justo, cuando existió el mal que separara del bien, no tardó en dar a cada uno lo suyo: pues no tenía que aprender justicia entonces; sino que entonces debía usarla, la cual siempre tuvo.

23. Cuando tanto Licencio como su madre aprobaron en tal necesidad: ¿Qué dices, Licencio? ¿Dónde está lo que afirmaste con tanta vehemencia, que nada sucede fuera del orden? Pues lo que ocurrió para que naciera el mal, no fue hecho ciertamente por orden de Dios; pero una vez nacido, fue incluido en el orden de Dios. Y él, admirado y molesto porque tan repentinamente su buena causa se había escapado de sus manos, dijo: En verdad, digo que el orden comenzó desde que el mal comenzó a existir. Entonces, le dije, para que existiera el mal mismo, no fue hecho por orden, si después de que el mal surgió, el orden comenzó a existir. Pero siempre hubo orden en Dios: y o bien nunca existió lo que se llama mal; o si alguna vez se encuentra que comenzó, porque el orden mismo o es bueno, o proviene del bien, nunca hubo nada sin orden, ni lo habrá jamás. Aunque también se me ocurre algo, pero por esa costumbre del olvido se ha escapado: lo cual creo que ocurrió por orden según el mérito o grado o el orden de la vida. No sé cómo, dijo, se me escapó, la opinión que ahora desprecio: pues no debí decir que después de que el mal nació, el orden comenzó: sino que así como esa justicia, de la que Trygetio disertó, también el orden existía en Dios; pero no llegó a usarse sino después de que los males comenzaron a existir. Te estás volviendo a lo mismo, le dije; pues aquello que menos deseas, permanece incommovible: ya que si el orden existía en Dios, o comenzó a existir desde el mismo tiempo en que también el mal, sin embargo, ese mal nació fuera del orden. Si lo concedes, admites que algo puede suceder fuera del orden; lo cual debilita y trunca tu causa: pero si no lo concedes, el mal comienza a parecer nacido por orden de Dios, y admitirás que Dios es el autor de los males; sacrilegio que nada me parece más detestable. Cuando, ya sea que no entendiera, o fingiera no haber entendido, lo repetí y le di vueltas varias veces, no tuvo nada que decir y se entregó al silencio. Entonces la madre dijo: Yo no creo que nada pudiera haber sucedido fuera del orden de Dios, porque el

mismo mal que nació, de ninguna manera nació por orden de Dios; pero esa justicia no permitió que fuera desordenado, y lo redujo y obligó a un orden merecido.

24. Aquí, al ver que todos buscaban a Dios con gran diligencia, cada uno según sus fuerzas, pero no mantenían el orden del que hablábamos, por el cual se llega a la inteligencia de esa inefable majestad: Les ruego, dije, si, como veo, aman mucho el orden, no permitan que seamos desordenados y sin orden. Aunque la razón más oculta promete mostrarse, que nada sucede fuera del orden divino: sin embargo, si escucháramos a un maestro de escuela intentando enseñar sílabas a un niño que nadie le hubiera enseñado antes las letras; no diría que debe ser ridiculizado como un tonto, sino atado como un loco, no por otra razón, creo, sino porque no mantiene el orden de enseñanza. Pero muchas cosas de este tipo, que los ignorantes hacen y que los sabios reprueban y ridiculizan, y los hombres dementes, que no escapan al juicio de los tontos, nadie duda que las hacen: y sin embargo, todas estas cosas que admitimos que son perversas, no están fuera del orden divino, una cierta disciplina alta y remotísima de la sospecha de la multitud, promete manifestarse así a las almas estudiosas y que solo aman a Dios y a las almas, de modo que no puedan ser más ciertas para nosotros que los números más altos.

CAPÍTULO VIII.---Primero se enseñan a los jóvenes los preceptos de vida, luego el orden de la erudición.

25. Esta disciplina es la misma ley de Dios, que permaneciendo siempre fija e incommovible en Él, se transcribe como en las almas sabias; para que sepan que viven mejor y más sublime cuanto más perfectamente la contemplan entendiendo, y la guardan viviendo con más diligencia. Esta disciplina, por lo tanto, a quienes desean conocerla, les ordena seguir un doble orden; una parte del cual es de vida, la otra de erudición. Por lo tanto, los jóvenes estudiosos de ella deben vivir de tal manera que se abstengan de las cosas venéreas, de las seducciones del vientre y la garganta, del culto y adorno desmedido del cuerpo, de los negocios vanos de los juegos, de la pereza del sueño y la indolencia, de la emulación, la detracción, la envidia, de las ambiciones de honores y poderes, incluso de la desmedida codicia de la alabanza. Deben creer que el amor al dinero es el veneno más seguro de toda su esperanza. No hagan nada débilmente, nada audazmente. En los pecados de los suyos, o bien expulsen por completo la ira, o la frenen de tal manera que sea como si la hubieran expulsado. No odien a nadie. No quieran descuidar ningún vicio. Observen cuidadosamente cuando castigan, que no sea demasiado: cuando perdonan, que no sea poco. No castiguen nada que no pueda llevar a algo mejor: no consientan nada que se convierta en algo peor. Consideren suyos a todos aquellos sobre quienes se les ha dado poder. Sirvan de tal manera que les avergüence dominar: dominen de tal manera que les deleite servir. En los pecados ajenos, no sean molestos contra la voluntad. Eviten las enemistades con sumo cuidado, sopórtelas con equidad, términenlas rápidamente. En todo trato y conversación con los hombres, basta con observar este proverbio común: No hagan a nadie lo que no quieren que les hagan a ustedes. No deseen administrar la república, a menos que sean perfectos. Apresúrense a perfeccionarse ya sea dentro de la edad senatorial, o al menos dentro de la juventud. Pero quien se convierta tarde a esto, no piense que no se le ha dado ningún precepto: pues ciertamente lo observará más fácilmente en la edad madura. En toda vida, lugar, tiempo, tengan amigos o procuren tenerlos. Obedezcan a los dignos, incluso si no lo esperan. Preocúpense menos por los soberbios, no sean en absoluto. Vivan adecuadamente y congruentemente. Adoren a Dios, piensen, busquen, apoyados en la fe, la esperanza, la caridad. Deséen la tranquilidad, y un curso seguro para sus estudios, y de todos sus compañeros; y para sí mismos, en la medida de lo posible, una mente buena y una vida pacífica.

## CAPÍTULO IX.---Somos guiados a aprender por la autoridad y la razón.

26. Sigue que diga cómo deben ser educados los estudiosos, que como se ha dicho han comenzado a vivir. Para aprender también somos guiados necesariamente de dos maneras, por la autoridad y por la razón. En el tiempo, la autoridad es anterior, pero en la realidad, la razón es anterior. Pues una cosa es lo que se antepone en la acción, otra lo que se valora más en el deseo. Por lo tanto, aunque la autoridad de los buenos parezca ser más saludable para la multitud ignorante, y la razón más apta para los eruditos: sin embargo, porque ningún hombre se convierte en experto sin ser primero ignorante, y ningún ignorante sabe cómo debe comportarse con los que enseñan, y con qué vida puede ser dócil; sucede que a todos los que desean aprender grandes y ocultas cosas, no se les abre la puerta sino por la autoridad. Quien la haya atravesado, sin ninguna duda sigue los preceptos de la mejor vida: por los cuales, cuando se haya hecho dócil, entonces aprenderá cuánta razón tienen aquellas mismas cosas que siguió antes de la razón; y qué es la misma razón que sigue y comprende después de la cuna de la autoridad, ya firme y apto; y qué es el intelecto, en el cual están todas las cosas, o más bien él mismo es todas las cosas; y qué es, más allá de todas las cosas, el principio de todas las cosas. A este conocimiento en esta vida pocos llegan, pero más allá de esta vida nadie puede avanzar. Sin embargo, aquellos que, contentos solo con la autoridad, se dedican constantemente a las buenas costumbres y a los rectos deseos, ya sea despreciando, o no pudiendo ser educados en las disciplinas liberales y óptimas, no sé cómo llamarlos bienaventurados mientras viven entre los hombres; sin embargo, creo firmemente que tan pronto como dejen este cuerpo, cuanto mejor o peor hayan vivido, tanto más fácil o difícilmente serán liberados.

27. La autoridad, sin embargo, es en parte divina, en parte humana: pero la verdadera, firme, suprema es la que se llama divina. En la cual se debe temer la asombrosa falacia de los animales aéreos; que, a través de ciertas adivinaciones de cosas que pertenecen a estos sentidos del cuerpo, y algunos poderes, acostumbra a engañar fácilmente a las almas, ya sea curiosas de fortunas percederas, o deseosas de poderes frágiles, o temerosas de milagros vanos. Por lo tanto, esa autoridad debe llamarse divina, que no solo en signos sensibles trasciende toda facultad humana, sino que también actuando sobre el mismo hombre, le muestra hasta dónde se ha rebajado por él: y no se deja atrapar por los sentidos, en los cuales se ven esas maravillas, sino que ordena volar hacia el intelecto; mostrando al mismo tiempo cuánto puede aquí, y por qué hace estas cosas, y cuán poco las valora. Pues debe enseñar tanto con hechos su poder, como con humildad su clemencia, y con precepto su naturaleza; todo lo cual se transmite más secretamente y firmemente en los sagrados misterios en los que somos iniciados: en los cuales la vida de los buenos se purifica más fácilmente, no por los rodeos de las disputas, sino por la autoridad de los misterios. La autoridad humana, sin embargo, a menudo engaña: pero parece sobresalir con razón en aquellos que, tanto como el sentido de los ignorantes lo capta, dan muchas pruebas de sus doctrinas, y no viven de manera diferente a como enseñan que se debe vivir. A quienes, si se les añaden algunos dones de la fortuna, que aparecen grandes en su uso, y mayores en su desprecio; es muy difícil que alguien que cree en sus preceptos de vida sea justamente criticado.

## CAPÍTULO X.---Pocos alcanzan los preceptos de vida.

28. Aquí Alipio dijo: Una imagen muy grande de la vida ha sido constituida por ti ante nuestros ojos, tanto plena como brevemente; a la cual, aunque aspiramos con tus preceptos diarios, hoy nos has hecho más deseosos y ardientes. A la cual, si fuera posible, no solo nosotros, sino también todos los hombres ya llegar y adherirse, desearía, para que estas cosas,

así como son maravillosas al oírlas, fueran fáciles de imitar. Pues no sé cómo, lo cual ojalá esté lejos de nosotros, el alma humana mientras proclama al escuchar estas cosas que son celestiales, divinas y verdaderas, se comporta de manera diferente al desearlas; de modo que me parece muy cierto que los hombres divinos, o no sin ayuda divina, viven así. A lo cual yo respondí: Estos preceptos de vida, que como siempre te agradan mucho, Alipio, aunque aquí han sido expresados con mis palabras por el momento, sabes muy bien que no han sido inventados por mí. Pues los libros de grandes hombres y casi divinos están llenísimos de esto: lo cual no creí necesario decir por ti, sino por estos jóvenes, para que no desprecien con razón mi autoridad en ellos. Pues no quiero que me crean en absoluto, a menos que enseñe y dé razón, por quienes creo que has interpuesto este discurso para incitarlos por la grandeza de las cosas. Pues para ti no son difíciles de seguir estas cosas, que has captado con tanta avidez, y has entrado en ellas con tal ímpetu admirable de naturaleza, que yo me he convertido en tu maestro de palabras, y tú en mi maestro de cosas. Pues ahora no hay causa alguna para mentir, ni siquiera ocasión: pues no creo que te hagas más estudioso con falsas alabanzas tuyas, y están presentes quienes conocen a ambos, y este discurso se enviará a quien ninguno de nosotros es desconocido.

29. Sin embargo, creo que consideras que hay menos hombres buenos, dedicados a las mejores costumbres, de lo que me parece probable: pero muchos te son completamente desconocidos. También de muchos que no son desconocidos, esas mismas cosas que son maravillosas, son desconocidas: pues estas están en el alma, que no puede ser percibida por el sentido, y a menudo mientras quiere congraciarse con las conversaciones de hombres viciosos, dice cosas que parece aprobar o desear. También hace muchas cosas no de buena gana, para evitar el odio de los hombres, o para evitar la ineptitud; lo cual, al escucharlo o verlo, difícilmente lo juzgamos de otra manera que como lo informa este sentido. Y por eso sucede que creemos que muchos no son tales como ellos mismos, y sus familiares los conocen. Lo cual quiero que te persuadas por algunos grandes bienes del alma de nuestros amigos, que solo nosotros conocemos. Pues este error se apoya no poco en esta causa, que no pocos se convierten de repente a una vida buena y admirable; y hasta que se den a conocer por algunos hechos más claros, se cree que son como eran. Pues para no ir más lejos, ¿quién de estos jóvenes, que antes conocía, fácilmente creería que buscan tan diligentemente cosas grandes, que han declarado de repente en esta edad tales enemistades a los placeres? Por lo tanto, eliminemos esta opinión de nuestra mente: pues también esa ayuda divina, que, como correspondía, colocaste religiosamente al final de tu discurso, actúa más ampliamente de lo que algunos piensan, cumpliendo su oficio de clemencia entre todos los pueblos. Pero volvamos al orden de nuestra discusión, si te parece; y ya que se ha dicho lo suficiente sobre la autoridad, veamos qué quiere decir la razón.

CAPÍTULO XI.---Qué es la razón, y sus vestigios en los sensibles. Cómo difieren lo racional y lo razonable.

30. La razón es el movimiento de la mente, capaz de distinguir y conectar lo que se aprende: con cuya guía muy raramente un tipo de hombre puede usar para entender a Dios, o el alma misma que está en nosotros o en todas partes; no por otra razón, sino porque habiendo avanzado en los asuntos de estos sentidos, es difícil para cada uno regresar a sí mismo. Por lo tanto, cuando los hombres intentan hacer todo con razón en cosas engañosas, qué es la misma razón, y cómo es, a menos que muy pocos lo ignoran por completo. Parece extraño, pero sin embargo, así es la cosa. Es suficiente haber dicho esto por ahora: pues si quisiera mostrarles ahora una cosa tan grande como debe ser entendida, sería tan inepto como arrogante, si profesara haberla comprendido ya. Sin embargo, en la medida en que se ha dignado avanzar

en las cosas que nos parecen conocidas, investiguemos si podemos, por ahora, según lo que el discurso emprendido requiere.

31. Y primero veamos dónde se suele frecuentar esta palabra, que se llama razón; pues eso debe movernos especialmente, que el mismo hombre ha sido definido por los antiguos sabios de esta manera: El hombre es un animal racional mortal. Aquí, puesto el género que se ha dicho animal, vemos añadidas dos diferencias, por las cuales creo que el hombre debía ser advertido, tanto a dónde debe regresar, como de dónde debe huir. Pues así como el progreso del alma ha caído hasta lo mortal; así el regreso debe ser a la razón. Con una palabra se separa de las bestias, que es racional; y con otra de lo divino, que se dice mortal. Por lo tanto, a menos que mantenga aquello, será una bestia: a menos que se aparte de esto, no será divino. Pero como los hombres más doctos suelen discernir aguda y sutilmente qué diferencia hay entre lo racional y lo razonable, de ninguna manera debe ser descuidado para lo que hemos instituido: pues han dicho que es racional lo que usa o puede usar la razón; pero razonable lo que ha sido hecho o dicho con razón. Por lo tanto, podemos decir que estos baños son razonables, y nuestro discurso; pero racionales son o aquel que los hizo, o nosotros que hablamos.

32. Por lo tanto, la razón procede del alma racional, evidentemente en aquellas cosas que se hacen razonables, o se dicen. Veo, por lo tanto, dos cosas en las que la potencia y fuerza de la razón puede aplicarse incluso a los sentidos: las obras de los hombres que se ven, y las palabras que se oyen. En ambos, sin embargo, la mente usa un doble mensajero por necesidad del cuerpo: uno que es de los ojos, otro que es de los oídos. Por lo tanto, cuando vemos algo figurado con partes congruentes, no decimos absurdamente que aparece razonablemente. Asimismo, cuando escuchamos algo bien armonizado, no dudamos en decir que suena razonablemente. Sin embargo, nadie no se reiría si dijera, Huele razonablemente; o, sabe razonablemente; o, es razonablemente blando; a menos que tal vez en aquellas cosas que han sido procuradas por los hombres para que huelan o sepan o estén calientes, o cualquier otra cosa. Como si alguien dijera que un lugar, de donde se ahuyentan las serpientes con olores fuertes, huele razonablemente, mirando la causa por la cual se hizo; o que una poción que el médico ha preparado, es razonablemente amarga o dulce; o que el baño que ordenó templar para el enfermo, está razonablemente caliente o tibio. Sin embargo, nadie que entre en un jardín, y acerque una rosa a su nariz, se atreve a decir así. ¡Cuán razonablemente fragante! ni siquiera si el médico le ordenó olerla. Pues entonces el precepto o el don se dice razonablemente, pero no se dice que huele razonablemente; ni por eso, porque ese olor es natural. Pues aunque el cocinero condimente un guiso, podemos decir que está razonablemente condimentado: sin embargo, no se dice de ninguna manera por la costumbre de hablar que sabe razonablemente, cuando no hay causa externa, sino que se satisface el placer presente. Pues si se pregunta a aquel a quien el médico le dio la poción, por qué debía sentirla dulcemente, se introduce otra cosa por la cual es así, es decir, el tipo de enfermedad, que ya no está en ese sentido, sino que se comporta de otra manera en el cuerpo. Pero si se pregunta a alguien que está saboreando algo, incitado por el estímulo de la gula, por qué es tan dulce, y responde, Porque me gusta; o, porque me deleita; nadie dirá que es razonablemente dulce, a menos que tal vez su deleite sea necesario para algo, y lo que mastica haya sido hecho así por eso.

33. Sostenemos, en la medida en que hemos podido investigar, ciertos vestigios de la razón en los sentidos; y lo que respecta a la vista y al oído, incluso en el mismo placer. Sin embargo, otros sentidos no en su propio placer, sino por alguna otra cosa suelen exigir este nombre: eso es, el hecho de un ser racional por algún fin. Pero en lo que respecta a los ojos, en lo que se dice que la congruencia de las partes es razonable, suele llamarse bello. Lo que

respecta a los oídos, cuando decimos que el concierto es razonable, y el canto está compuesto razonablemente; se llama suavidad con su propio nombre. Pero ni en las cosas bellas cuando el color nos atrae, ni en la suavidad de los oídos cuando la cuerda pulsada suena como líquida y pura, solemos decir razonable aquello. Por lo tanto, queda que en el placer de estos sentidos confesemos que pertenece a la razón, donde hay cierta medida y modulación.

34. Por lo tanto, al considerar bien cada elemento de este edificio, no podemos dejar de sentirnos perturbados al ver que hay una puerta en un lado y otra cerca del centro, pero no exactamente en el centro. En las cosas fabricadas, sin una necesidad imperiosa, una dimensión desigual de las partes parece infligir una especie de injusticia a la vista misma. Sin embargo, el hecho de que en el interior haya tres ventanas, una en el centro y dos a los lados, que infunden luz al trono a intervalos iguales, nos deleita al observarlo con más atención, y nos cautiva el ánimo, es algo evidente que no necesita muchas palabras para ser explicado. Por eso, los arquitectos mismos ya llaman a esto con su propio término; y dicen que las partes dispuestas en discordia no tienen razón. Esto se extiende ampliamente y casi se difunde en todas las artes y obras humanas. Ya en los poemas, en los que también decimos que hay razón para el placer de los oídos, ¿quién no siente que la dimensión es la artífice de toda esta suavidad? Pero cuando un actor baila, aunque para los que observan bien todos esos gestos sean signos de cosas, aunque el movimiento numeroso de los miembros deleite a los ojos con esa misma dimensión, sin embargo, se dice que esa danza es razonable porque significa y muestra algo bien, aparte del placer de los sentidos. Pues no parece ofender a los ojos si representa a Venus alada y a Cupido vestido, aunque lo pinte con un movimiento y disposición admirable de los miembros; sino que ofende al ánimo a través de los ojos, a quien se muestran esos signos de cosas: porque los ojos se ofenderían si no se moviera con belleza. Esto pertenece al sentido, en el cual el alma, por el hecho de estar mezclada con el cuerpo, percibe el placer. Por lo tanto, una cosa es el sentido, otra a través del sentido: pues el movimiento bello agrada al sentido; pero a través del sentido, solo la significación bella en el movimiento agrada al ánimo. Esto también se advierte más fácilmente en los oídos: pues cualquier cosa que suene agradablemente, eso complace, y atrae al oído; pero lo que se significa bien a través de ese mismo sonido, se refiere al mensajero de los oídos, pero solo al entendimiento. Así, cuando escuchamos esos versos: "¿Por qué tanto se apresuran los soles a sumergirse en el Océano en invierno, o qué demora obstaculiza las noches tardías?" (Virgilio, *Geórgicas*, libro 2, versos 480, 481), de una manera alabamos la métrica, y de otra la sentencia: y no decimos bajo el mismo entendimiento, "Suena razonablemente"; y, "Está dicho razonablemente".

CAPÍTULO XII.---La razón como inventora de todas las disciplinas. Ocasión de los vocablos. Ocasión de las letras. Ocasión de los números. Ocasión de la distinción de letras, sílabas y palabras. Ocasión de la historia.

35. Por lo tanto, ya hay tres géneros de cosas en las que aparece lo razonable. Uno está en los hechos relacionados con algún fin, otro en el decir, y el tercero en el deleitar. El primero nos advierte no hacer nada temerariamente; el segundo, enseñar correctamente; el último, contemplar felizmente. En los modales está lo superior; pero estos dos están en las disciplinas, de las que ahora hablamos. Pues lo que en nosotros es racional, es decir, lo que usa la razón, y hace o sigue cosas razonables, porque estaba atado por un cierto vínculo natural en la sociedad de aquellos con quienes tenía en común la razón misma, y el hombre no podía asociarse firmemente con el hombre, a menos que se comunicaran, y así como si vertieran sus mentes y pensamientos entre sí, vio que era necesario imponer vocablos a las cosas, es decir, ciertos sonidos significativos; para que, ya que no podían percibir sus ánimos,

usaran el sentido como intérprete para unirse a ellos. Pero no se podían escuchar las palabras de los ausentes: por lo tanto, esa razón engendró las letras, habiendo notado todos los sonidos de la boca y la lengua, y habiéndolos distinguido. Sin embargo, no podía hacer nada de esto, si la multitud de cosas parecía extenderse infinitamente sin un cierto término fijo. Por lo tanto, la utilidad de contar fue observada con gran necesidad. Con estos dos descubiertos, nació esa profesión de librereros y calculadores, como una especie de infancia de la gramática, que Varrón llama literación: en griego, cómo se llama, no lo recuerdo suficientemente en el presente.

36. Luego, la razón progresó y notó que esos mismos sonidos de la boca con los que hablábamos, y que ya había señalado con letras, eran diferentes: unos que, con una abertura moderada y variada, como desenredados y simples, fluían de la garganta sin ninguna colisión, otros que, con una presión diversa de la boca, sin embargo, sostenían algún sonido; y los extremos que no podían estallar a menos que se les unieran los primeros. Por lo tanto, las letras en el orden en que fueron expuestas, las llamó vocales, semivocales y mudas. Luego notó las sílabas: luego las palabras se dispusieron en ocho géneros y formas; y todo su movimiento, integridad, unión, se distinguió hábil y sutilmente. Luego, ya no olvidando los números y la dimensión, añadió su atención a las diversas pausas de las voces y sílabas; y de ahí descubrió que los espacios de tiempo eran unos dobles, otros simples, con los que se extendían las sílabas largas y breves. También notó esto, y lo dispuso en reglas ciertas.

37. La gramática ya podía estar completa, pero porque con su mismo nombre proclama que profesa las letras, de donde también en latín se llama literatura, se hizo necesario que todo lo que fuera digno de memoria y se confiara a las letras, perteneciera a ella. Por lo tanto, un solo nombre, pero una cosa infinita, múltiple, más llena de preocupaciones que de placer o verdad, se añadió a esta disciplina la historia, no tanto laboriosa para los mismos historiadores como para los gramáticos. Pues, ¿quién soportaría que un hombre parezca ignorante si no ha oído que Dédalo voló; mentiroso aquel que lo inventó, necio quien lo creyó, impudente quien lo preguntó, no parecer? o en lo que suelo compadecer gravemente a nuestros familiares, quienes si no responden cómo se llamaba la madre de Euríalo, son acusados de ignorancia; mientras que ellos mismos, a quienes se les pregunta eso, no se atreven a llamar vanos e ineptos, ni curiosos.

### CAPÍTULO XIII.---Invención de la dialéctica y la retórica.

38. Esa razón, por lo tanto, habiendo dispuesto y perfeccionado la gramática, fue advertida para buscar y atender esa misma fuerza, por la cual engendró el arte: pues al definir, distribuir, recoger, no solo lo había ordenado y dispuesto, sino que también lo había defendido de toda infiltración de falsedad. ¿Cuándo, entonces, pasaría a fabricar otras cosas, si no distinguiera, notara, ordenara y revelara primero sus propios mecanismos e instrumentos, esa misma disciplina de las disciplinas, que llaman dialéctica? Esta enseña a enseñar, esta enseña a aprender; en esta, la razón misma se demuestra y se revela qué es, qué quiere, qué puede. Sabe saber; no solo quiere, sino que también puede hacer sabios. Sin embargo, dado que a menudo los hombres necios, en lo que se les aconseja correctamente, útilmente y honestamente, no siguen esa verdad purísima que rara vez ve el ánimo, sino sus propios sentidos y costumbres, era necesario que no solo se les enseñara tanto como pudieran, sino que a menudo y principalmente se les conmoviera. Esa parte suya que hacía eso, más llena de necesidad que de pureza, con un regazo repleto de delicias, que esparce al pueblo, para que se dignen ser llevados a su utilidad, la llamó retórica. Hasta aquí, esa parte que se dice razonable en el significado, ha sido promovida por los estudios liberales y las disciplinas.

#### CAPÍTULO XIV.---Música y poética. Triple sonido. De dónde el verso. Ritmo.

39. De aquí, esa razón quiso elevarse a la beatísima contemplación de las cosas divinas. Pero para no caer desde lo alto, buscó escalones, y ella misma, a través de sus posesiones y orden, se abrió camino. Deseaba la belleza, que sola y simple pudiera contemplar sin estos ojos; los sentidos la impedían. Por lo tanto, giró un poco su mirada hacia ellos mismos, que clamaban tener la verdad, llamándola de vuelta con un ruido importuno cuando se apresuraba a avanzar hacia otras cosas. Y primero comenzó por los oídos, porque decían que sus propias palabras eran, con las que ya había hecho la gramática, la dialéctica y la retórica. Pero esa potentísima capacidad de discernir pronto vio qué diferencia había entre el sonido y aquello de lo que era signo. Entendió que nada más pertenecía al juicio de los oídos que el sonido, y que este era triple; o en la voz del ser animado, o en lo que el soplo hacía en los órganos, o en lo que se producía por percusión. Al primero pertenecían los trágicos o cómicos, o coros de cualquier tipo, y todos en general que cantaran con su propia voz: el segundo se asignaba a las flautas y similares instrumentos: al tercero se daban las cítaras, liras, címbalos, y todo lo que fuera sonoro por percusión.

40. Sin embargo, veía que esta materia era muy vil, a menos que los sonidos se figuraran con una cierta dimensión de tiempos, y con una variedad moderada de agudeza y gravedad. Reconoció que de aquí provenían esas semillas que en la gramática, cuando consideraba diligentemente las sílabas, había llamado pies y acentos. Y porque en las mismas palabras fue fácil atender las brevedades y longitudes de las sílabas esparcidas casi en igual multitud en el discurso, intentó disponer esos pies en órdenes ciertos y conjuntarlos; y en eso, primero siguiendo el sentido mismo, imprimió articulaciones moderadas, que llamó cesuras y miembros. Y para que el curso de los pies no se extendiera más allá de lo que su juicio pudiera sostener, estableció un límite desde el cual se regresara, y lo llamó verso. Pero lo que no estaba moderado por un fin cierto, pero sin embargo corría con pies ordenados razonablemente, lo señaló con el nombre de ritmo: que en latín no pudo decirse otra cosa que número. Así nacieron de ella los poetas: en los cuales, al ver que no solo había grandes momentos de sonidos, sino también de palabras y cosas, los honró mucho, y les otorgó el poder de mentiras razonables que quisieran. Y dado que tomaban su linaje de aquella primera disciplina, permitió que los gramáticos fueran jueces sobre ellos.

41. En este cuarto grado, ya sea en los ritmos, ya sea en la misma modulación, entendía que reinaban los números, y lo completaban todo: inspeccionó diligentemente qué tipo eran; los encontraba divinos y eternos, especialmente porque con su ayuda había tejido todas las cosas superiores. Y ya soportaba con gran dificultad que el esplendor y la serenidad de ellos se decoloraran con la materia corpórea de las voces. Y dado que aquello que la mente ve, siempre está presente, y se aprueba inmortal, de cuyo género aparecían los números; pero el sonido, porque es una cosa sensible, fluye hacia el tiempo pasado, y se imprime en la memoria; ya favoreciendo la razón a los poetas con una mentira razonable (¿habría que buscar si algo similar estaba en la progenie?), se fingió que las Musas eran hijas de Júpiter y de la Memoria. De donde esta disciplina, partícipe del sentido y del entendimiento, encontró el nombre de música.

#### CAPÍTULO XV.---Geometría y Astronomía.

42. De aquí se dirigió a las riquezas de los ojos, y al iluminar la tierra y el cielo, sintió que nada más que la belleza le agradaba, y en la belleza las figuras, en las figuras las dimensiones, en las dimensiones los números; y se preguntó a sí misma si allí había tal línea,

tal redondez, o cualquier otra forma y figura, como la que contenía la inteligencia. Encontró que era mucho peor, y que nada de lo que veían los ojos era comparable con lo que la mente contemplaba. También estas cosas, distinguidas y dispuestas, las redujo a disciplina, y la llamó geometría. El movimiento del cielo la conmovía mucho, y la invitaba a considerarlo diligentemente. También allí, a través de las constantes vicisitudes de los tiempos, a través de los cursos fijos y definidos de los astros, a través de los espacios moderados de los intervalos, entendió que nada más que esa dimensión y números dominaban. Que de manera similar, definiendo y discerniendo, enlazando en orden, engendró la astrología; un gran argumento para los religiosos, y tormento para los curiosos.

43. En todas estas disciplinas, por lo tanto, le ocurrían todas las cosas numerosas, que sin embargo en esas dimensiones se destacaban más claramente, que contemplaba en sí misma pensando y volviendo, las más verdaderas: pero en estas que se perciben, recordaba más bien sus sombras y vestigios. Aquí se elevó mucho, y presumió mucho; se atrevió a comprobar que el alma era inmortal. Trató todo diligentemente, percibió absolutamente que podía mucho; y todo lo que podía, lo podía con números. La conmovió un cierto milagro, y comenzó a sospechar que ella misma era tal vez el número mismo por el cual se numeraban todas las cosas; o si no lo era, sin embargo, que estaba allí a donde se esforzaba por llegar. Este, en verdad, lo comprendió con todas sus fuerzas, que ya iba a ser el índice de toda la verdad, aquel del que hizo mención Alipio, cuando preguntábamos sobre los Académicos, como si Proteo estuviera en sus manos (Libro 3, Contra Académicos, cap. 5, n. 11). Pues las imágenes falsas de esas cosas que numeramos, fluyendo de aquel ocultísimo por el cual numeramos, arrastran la cogitación hacia sí, y a menudo hacen que se escape cuando ya se tiene.

CAPÍTULO XVI.---Las disciplinas liberales elevan el intelecto hacia lo divino.

44. Si alguien no cede a estas cosas, y todo lo que está difundido ampliamente y de manera variada a través de tantas disciplinas, lo reduce a una cierta verdad simple, cierta y única; es dignísimo del nombre de erudito, ya no busca temerariamente esas cosas divinas, ya no solo para creerlas, sino también para contemplarlas, entenderlas y retenerlas. Pero quien, ya sea aún esclavo de las pasiones, y ansioso por las cosas perecederas; o ya huyendo de estas, y viviendo castamente, sin saber sin embargo qué es nada, qué es materia informe, qué es formado inanimado; qué es cuerpo, qué es especie en el cuerpo, qué es lugar, qué es tiempo, qué está en el lugar, qué está en el tiempo; qué es movimiento según el lugar, qué es movimiento no según el lugar, qué es movimiento estable, qué es aevum; qué es no estar en lugar, ni en ninguna parte; y qué es estar fuera del tiempo, y siempre; qué es estar y no estar en ninguna parte, y nunca ser, y nunca no ser: quien, por lo tanto, sin saber estas cosas, no digo sobre ese Dios supremo, que se conoce mejor no conociéndolo, sino sobre el alma misma cuya quiere buscar y discutir, errará tanto como se puede errar al máximo: sin embargo, conocerá más fácilmente estas cosas, quien haya comprendido los números simples e inteligibles. Además, estos los comprenderá, quien, tanto por ingenio, como por el privilegio de la edad o de cualquier felicidad, ocioso, y encendido con gran estudio, haya seguido el orden mencionado de las disciplinas, tanto como sea suficiente. Pues, ya que todas esas artes liberales, en parte se aprenden para el uso de la vida, en parte para el conocimiento y contemplación de las cosas; alcanzar su uso es difícilísimo, a menos que sea para aquel que desde la misma infancia, ingeniosísimo, haya dado la máxima y constante dedicación.

CAPÍTULO XVII.---No deben abordar cuestiones arduas los no instruidos en disciplinas.

45. Pero lo que de ellas es necesario para lo que buscamos, no te, por favor, madre, no te desanime como si fuera una inmensa selva de cosas. Pues se elegirán algunas de todas, muy pocas en número, potentísimas en fuerza, pero en conocimiento arduas para muchos; sin embargo, para ti, cuyo ingenio cada día me parece nuevo, y cuyo ánimo, ya sea por la edad o por una admirable templanza, alejadísimo de todas las tonterías, y emergiendo de una gran mancha del cuerpo, reconozco que se ha elevado mucho en sí mismo, te serán tan fáciles como difíciles para los más lentos y los que viven miserablemente. Pues si digo que llegarás fácilmente a ese discurso que carezca de vicio de locución y lengua, ciertamente mentiré. Pues yo mismo, a quien fue de gran necesidad aprender estas cosas, aún en muchos sonidos de palabras los italianos me critican; y a mí, a su vez, en lo que respecta al mismo sonido, me reprenden. Pues una cosa es estar seguro por arte, otra por nación. Sin embargo, los solecismos que decimos, tal vez cualquiera que preste atención diligente en mi discurso los encontrará; pues no ha faltado quien me haya persuadido muy hábilmente que incluso Cicerón cometió algunos de estos vicios. Pero el género de barbarismos descubierto en nuestros tiempos es tal, que incluso su discurso parece bárbaro, con el que Roma fue salvada. Pero tú, despreciando estas cosas ya sea pueriles o que no te conciernen, conoces la casi divina fuerza y naturaleza de la gramática, de modo que pareces haber retenido su alma, dejando su cuerpo a los elocuentes.

46. Esto también lo diré de las demás artes de este tipo: que si tal vez las desprecias completamente, te advierto, tanto como hijo me atrevo, y cuanto permites, que guardes firmemente y cautelosamente esa fe tuya, que has recibido en los venerables misterios; luego que permanezcas constantemente y vigilante en esta vida y costumbres. Pero sobre las cosas oscurísimas, y sin embargo divinas, cómo Dios no hace nada malo, y es omnipotente, y suceden tantas cosas malas; y para qué bien hizo el mundo, que no necesitaba; y si el mal siempre ha existido, o comenzó en el tiempo; y, si siempre fue, si estaba bajo la condición de Dios: y, si fue, si también este mundo siempre fue, en el cual ese mal dominaba por orden divino; si, sin embargo, este mundo comenzó a existir en algún momento, cómo antes de que existiera, el mal era contenido por el poder de Dios; y qué necesidad había de fabricar el mundo, para que el mal que ya el poder de Dios frenaba, fuera encerrado para el castigo de las almas; si, sin embargo, hubo un tiempo en que bajo el dominio de Dios no había mal, qué sucedió de repente, que no había sucedido en los tiempos eternos pasados. Pues decir que en Dios surgió un nuevo consejo, no digo impío, es lo más inepto decir. Si, sin embargo, decimos que el mal fue importuno, y casi impropio para Dios, como algunos piensan, ya nadie docto podrá contener la risa, nadie no se enojará el indocto. Pues, ¿qué pudo hacerle daño a Dios esa naturaleza del mal que no sé? Pues si dicen que no pudo, no habrá causa para fabricar el mundo: si dicen que pudo, es un crimen inexpriable creer que Dios es violable; ni siquiera así, al menos, que haya previsto con virtud, para que su sustancia no fuera violada. Pues confiesan que el alma paga aquí las penas, cuando no quieren que haya ninguna diferencia entre su sustancia y la de Dios. Pero si decimos que este mundo no fue hecho, es impío e ingrato creer, para que no siga aquello, que Dios no lo fabricó: por lo tanto, sobre estas y cosas semejantes, o con ese orden de erudición, o de ninguna manera se debe buscar nada.

CAPÍTULO XVIII.---En qué orden el alma se eleva al conocimiento de sí misma y de la unidad misma. Todo tiende a uno.

47. Y para que nadie piense que hemos abarcado algo demasiado amplio, lo diré de manera más clara y breve. Nadie debería aspirar al conocimiento de estas cosas sin esa especie de doble ciencia de la buena argumentación y del poder de los números. Si alguien considera

que esto es demasiado, que conozca solo los números de la mejor manera, o solo la dialéctica. Si esto también es infinito, que sepa perfectamente qué es la unidad en los números y cuánto vale; aún no en esa ley suprema y en el orden supremo de todas las cosas, sino en aquellas que sentimos y hacemos diariamente por doquier. Pues esta erudición ya es recibida por la misma disciplina de la filosofía, y en ella no encuentra más que qué es la unidad, pero mucho más alto y mucho más divino. De lo cual hay una doble cuestión: una sobre el alma, otra sobre Dios. La primera nos hace conocernos a nosotros mismos; la otra, conocer nuestro origen. Aquella es más dulce para nosotros, esta más querida; aquella nos hace dignos de la vida bienaventurada, esta nos hace bienaventurados; la primera es para los que aprenden, esta ya para los doctos. Este es el orden de los estudios de la sabiduría, por el cual uno se hace idóneo para entender el orden de las cosas, es decir, para discernir dos mundos, y al mismo padre del universo; de quien no hay conocimiento en el alma, sino saber cómo no lo conoce.

48. Así pues, siguiendo este orden, el alma ya entregada a la filosofía, primero se examina a sí misma: y a quien ya esa erudición ha persuadido, o que su razón es ella misma, o que en la razón no hay nada mejor y más poderoso que los números, o que la razón no es otra cosa que número; así hablará consigo misma: Yo, con un cierto movimiento interior y oculto, puedo discernir y conectar las cosas que deben ser aprendidas, y esta fuerza mía se llama razón. ¿Qué es lo que debe ser discernido, sino lo que se cree que es uno y no lo es, o ciertamente no es tan uno como se cree? Asimismo, ¿por qué debe ser conectado algo, sino para que se haga uno, en la medida de lo posible? Por lo tanto, tanto en discernir como en conectar, quiero uno, y amo uno. Pero cuando discierno, quiero que esté purificado; cuando conecto, quiero que esté íntegro. En aquella parte se evitan las cosas ajenas, en esta se unen las propias, para que se haga algo perfecto. Para que una piedra sea piedra, todas sus partes y toda su naturaleza están solidificadas en una. ¿Qué hay de un árbol? ¿Acaso no sería un árbol si no fuera uno? ¿Qué hay de los miembros de cualquier animal y sus vísceras, y todo lo que los compone? Ciertamente, si sufren la separación de la unidad, no será un animal. ¿Qué intentan ser los amigos sino uno? Y cuanto más uno, tanto más amigos son. Un pueblo es una ciudad, para la cual la disensión es peligrosa: ¿qué es disentir, sino no sentir uno? De muchos soldados se hace un ejército: ¿acaso no es menos vencida cualquier multitud cuanto más se une en uno? De ahí que la misma unión en uno se haya llamado cuña, como si fuera un cuño. ¿Qué es todo amor? ¿Acaso no quiere hacerse uno con lo que ama, y si lo logra, se hace uno con ello? El placer mismo no deleita más intensamente por otra razón, sino porque los cuerpos amantes se juntan en uno. ¿De dónde es pernicioso el dolor? Porque intenta disolver lo que era uno.

CAPÍTULO XIX.---De dónde el hombre es superior a los brutos, cómo puede ver a Dios.

Por lo tanto, es molesto y peligroso hacerse uno con lo que puede separarse.

49. De muchas cosas esparcidas por doquier, luego reunidas en una forma, hago una casa. Yo soy mejor, si es que yo la hago, ella se hace: por eso soy mejor porque la hago; no hay duda de que soy mejor que la casa. Pero no por eso soy mejor que la golondrina o la abeja; pues aquella construye nidos hábilmente, y esta panales: pero soy mejor que ellas porque soy un animal racional. Pero si en las dimensiones exactas hay razón; ¿acaso lo que fabrican las aves es menos apto y congruentemente dimensionado? Al contrario, es muy numeroso. No soy mejor por hacer cosas numerosas, sino por conocer los números. ¿Qué entonces? ¿Podían aquellas, sin saber, operar cosas numerosas? Sin duda podían. ¿De dónde se enseña esto? De que nosotros también acomodamos la lengua a los dientes y al paladar con ciertas dimensiones, para que las letras y las palabras broten de la boca, y sin embargo no pensamos al hablar, con qué movimiento de la boca debemos hacerlo. Luego, ¿qué buen cantante,

incluso si es ignorante de la música, no guarda en la memoria el ritmo y la melodía percibidos por el sentido natural al cantar? ¿Qué puede ser más numeroso que esto? Esto lo ignora el indocto, pero lo hace operando la naturaleza. ¿Cuándo, entonces, soy mejor y debo ser preferido a los animales? Cuando sé lo que hago. Pero nada más me pone por encima de los animales, sino que soy un animal racional.

50. ¿Cómo es, entonces, que la razón es inmortal, y yo soy definido simultáneamente como algo racional y mortal? ¿O acaso la razón no es inmortal? Pero uno a dos, o dos a cuatro, es una razón muy verdadera: ni fue más verdadera ayer que hoy; ni será más verdadera mañana o dentro de un año; ni si todo este mundo colapsara, podría esta razón no existir. Pues esta siempre es tal; pero este mundo no tuvo ayer, ni tendrá mañana lo que tiene hoy, ni en el mismo día de hoy, ni en el espacio de una hora tuvo el sol en el mismo lugar: así, cuando en él nada permanece, nada tiene del mismo modo ni por un pequeño espacio de tiempo. Por lo tanto, si la razón es inmortal, y yo que discierno o conecto todas estas cosas, soy razón; aquello por lo que soy llamado mortal, no es mío. O, si el alma no es lo que es la razón, y sin embargo uso la razón, y por la razón soy mejor; hay que huir de lo peor a lo mejor, de lo mortal a lo inmortal. Estas y muchas otras cosas discute y agita consigo misma el alma bien instruida: las cuales no quiero seguir, para no excederme en el modo, que es el padre del orden, mientras deseo enseñaros el orden. Pues gradualmente se conduce a sí misma, y a la mejor vida y costumbres, no ya solo por la fe, sino por la razón cierta. A quien contempla diligentemente el poder y la fuerza de los números, le parecerá demasiado indigno y demasiado lamentable, que su ciencia haga correr bien un verso y hacer sonar la cítara, y que su vida y ella misma, que es el alma, sigan un camino desviado, y con la lujuria dominando sobre sí misma, disuene con el ruido más vergonzoso de los vicios.

51. Pero cuando se haya compuesto y ordenado, y se haya hecho armoniosa y hermosa, se atreverá ya a ver a Dios, y la misma fuente de donde mana toda verdad, y al mismo Padre de la Verdad. ¡Oh gran Dios, qué ojos serán esos! ¡Qué sanos, qué hermosos, qué poderosos, qué constantes, qué serenos, qué bienaventurados! ¿Pero qué es aquello que ven? ¿Qué, os pregunto? ¿Qué debemos pensar, qué debemos estimar, qué debemos decir? Las palabras cotidianas se presentan, y todas están manchadas por las cosas más viles. No diré más, sino que se nos promete la visión de una belleza, cuya imitación hace bellas las cosas, cuya comparación hace feas las demás. Quienquiera que vea esto (y lo verá quien viva bien, ore bien, estudie bien), ¿cuándo le preocupará que otro deseando tener hijos no los tenga, que otro los abandone en abundancia, que otro odie a los que van a nacer, que otro ame a los nacidos: cómo no se opondrá a que no haya nada que no esté con Dios, de quien es necesario que todo se haga en orden, y sin embargo no se ruegue a Dios en vano? Finalmente, ¿cuándo moverán al hombre justo las cargas, los peligros, los fastidios, o las lisonjas de la fortuna? En este mundo sensible es necesario considerar mucho qué es el tiempo y el lugar; para que lo que deleita en parte, ya sea del lugar o del tiempo, se entienda que es mucho mejor el todo, del cual esa parte es; y nuevamente, lo que ofende en parte, sea claro para el hombre docto, que no ofende por otra razón, sino porque no se ve el todo, al cual esa parte se ajusta maravillosamente: en aquel mundo inteligible, cualquier parte, como un todo, es hermosa y perfecta. Estas cosas se dirán más ampliamente, si vuestros estudios, ya sea siguiendo el orden que os he mencionado, o tal vez otro más breve y conveniente, pero recto, como os exhorto y espero, se han propuesto seguir, y lo han seguido con gravedad y constancia.

CAPÍTULO XX.---Epílogo exhortando a la buena vida.

52. Para que esto nos sea posible, debemos esforzarnos al máximo en tener las mejores costumbres; pues nuestro Dios no podrá escucharnos de otra manera: pero escuchará muy

fácilmente a los que viven bien. Oremos, pues, no para que nos lleguen riquezas, o honores, o cosas de este tipo, efímeras e inestables, y que pasan con cualquier resistencia, sino para que nos lleguen aquellas cosas que nos hagan buenos y bienaventurados. Para que estos deseos se cumplan con la mayor devoción, te encargamos principalmente a ti, madre, esta tarea; en cuyas oraciones creo y confirmo sin duda que Dios me ha dado esta mente, para que no anteponga nada en absoluto a la verdad que debe ser encontrada, no desee nada más, no piense nada más, no ame nada más. Y no dejo de creer que este gran bien, que hemos deseado gracias a ti, lo obtendremos también gracias a tus súplicas. Ahora bien, ¿qué te exhortaré, Alypius? ¿Qué te aconsejaré? Que no eres excesivo, porque amar tales cosas, por mucho que sea, tal vez siempre puede decirse poco, pero nunca demasiado.

53. Entonces él dijo: Verdaderamente has logrado que la memoria de los hombres más doctos y grandes, que alguna vez parecía increíble por la magnitud de las cosas, no solo no la tengamos en duda con la consideración diaria y con esta admiración presente que tenemos por ti, sino que incluso, si fuera necesario, podríamos jurar sobre ella. ¿Qué, pues? ¿Acaso no nos has revelado hoy, casi a nuestros propios ojos, esa venerable y casi divina disciplina de Pitágoras, que con razón fue tenida y probada? Cuando has indicado tanto las reglas de vida, como los caminos de la ciencia, no tanto los caminos como los mismos campos y mares claros, y lo que fue de gran veneración para aquel hombre, incluso los mismos santuarios de la verdad, dónde estaban, cómo eran, qué tipo de buscadores requerían, y brevemente, y de manera tan completa, que aunque sospechemos y creamos que aún tienes cosas más secretas, sin embargo, no sin impudencia pensaríamos que debemos pedirte algo más.

54. Acepto esto, dije, con gusto. Pues no me deleitan tanto tus palabras, que no son verdaderas, como el verdadero espíritu en las palabras me deleita y me excita. Y bien que decidimos enviar estas cartas a quien suele mentir mucho sobre nosotros con gusto. Si acaso otros las leen, tampoco temo que se enojen contigo. ¿Quién no perdonaría con la mayor benevolencia el error de un amante al juzgar? Pero que hayas mencionado a Pitágoras, creo que te vino a la mente por ese orden divino oculto. Pues una cosa muy necesaria se me había olvidado por completo, que en aquel hombre (si hay que creer en las letras consignadas a la memoria; aunque, ¿quién no creería a Varrón?) solía admirar y casi diariamente exaltar con alabanzas, que la disciplina de gobernar la república la transmitía a sus oyentes como última, ya doctos, ya perfectos, ya sabios, ya bienaventurados. Pues veía allí tantas olas, que no quería confiarlas sino a un hombre que casi divinamente evitara los escollos al gobernar, y, si todo fallaba, él mismo se convirtiera en un escollo para esas olas. Pues solo del sabio puede decirse verdaderamente, "Él, como una roca del mar, permanece inmóvil, resiste"; y otras cosas que se han dicho en versos brillantes en este sentido. Aquí se hizo el fin de la discusión, y con todos alegres y con mucha esperanza, disolvimos la reunión, cuando ya se había traído la luz nocturna.